

Reseña de libros

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

Nuevo Testamento Trilingüe. Edición crítica de J. M. BOVER (†) y J. O'CALLAGHAN. Madrid, B. A. C., 1977, LXIV + 1380 pp., 3 mapas.

La B. A. C. nos presenta una edición trilingüe —griego, latín y castellano— del Nuevo Testamento, de la que aparece como autor principal el P. Bover y que ha sido preparada durante largos años de trabajo por el P. J. O'Callaghan.

La aparición de esta obra, magníficamente impresa por la B. A. C., supone la principal aportación española a la labor crítica y editorial del N. T. desde la aparición de la *Novi Testamenti Biblia Graeca et Latina* del P. Bover.

Es suficiente observar la distribución de cada página (en la parte superior los textos griego y latino ocupan sendas columnas bajo las que se encuentran los aparatos críticos, mientras al texto castellano, con citas y paralelos, se dedica la mitad inferior de cada página), para caer en la cuenta de que los problemas tipográficos planteados han sido, necesariamente, arduos. Dada la abundante información que allí se nos ofrece, es obligado alabar la pulcritud y claridad de la edición.

El texto va precedido de una amplia introducción donde en traducción, no siempre clara, de J. Pegueroles se incorpora buena parte del tratado de crítica textual neotestamentaria que son los *Prolegomena* de la edición del P. Bover.

La columna griega presenta el texto, mejorado, de Bover. O'Callaghan ha seguido los criterios de su predecesor para lograr una edición resultante o edición de ediciones, que pretende ofrecer los resultados conseguidos en los pacientes años de trabajo de muchos especialistas en la crítica textual del N. T. Se han anotado regularmente en el aparato tres ediciones críticas aparecidas recientemente (Nestle-Aland, Stuttgart, 1963, Tasker, Oxford, 1975 y *The Greek New Testament*, Stuttgart, 1975), además de las seis con las que ya contaba la edición de Bover. Se incluye también el testimonio de los papiros que no pudo utilizar Bover, pero solamente allí donde la variante había sido ya recogida en el aparato de éste. Para los Evangelios se ha colacionado también la *Vetus Latina* editada por Jillicher.

La columna latina ofrece el texto de la *Neo-Vulgata* (Ciudad del Vaticano, 1974), mientras en el aparato se anotan regularmente las variantes de la edición Sixto-Clementina (Turín, 1965). Si hay desacuerdo entre ambas se indican también las lecturas de la edición preparada por la *Württembergische Bibelanstalt* de Stuttgart (1969).

Finalmente, en la columna castellana encontramos la traducción del texto griego realizada por Bover y que, revisada por el P. Puzo, fue publicada por la B. A. C. en 1962, a la que se ha corregido en algún que otro punto. La traducción castellana se ha enriquecido anotando al margen los pasajes paralelos y las

citas explícitas del A. T., y señalando a pie de página las referencias de otros pasajes bíblicos. Las notas al texto castellano han sido preparadas por M. Benítez (para los escritos joánicos) y J. Alonso.

En mi opinión, tanto la columna griega como el texto castellano cumplen adecuadamente el fin para el que han sido elaborados. Aquélla nos ofrece el resultado del conjunto de las modernas ediciones críticas del N. T., es decir, «los frutos de los trabajos precedentes», mientras el texto castellano permite al no especialista un acceso más cómodo al texto original. El texto resultante del P. Bover mereció ya las alabanzas de la crítica internacional cuando vio la luz por primera vez. La limitación principal de una edición resultante es, lógicamente, que no ofrece la historia del texto, por la misma naturaleza del aparato crítico que presenta. No se puede pedir todo a la vez. El especialista que, a buen seguro, no se conformará sólo con el texto habrá de recurrir a las ediciones críticas habituales para estudiar la historia textual del N. T.

Más discutible me parece la función que juega el texto latino, especialmente el de la *Neo-Vulgata*, en esta edición. A mi entender el texto latino ha de desempeñar uno de estos dos papeles: o facilita el acceso al texto griego, o bien es testigo de la lectura que durante siglos ha hecho la Iglesia occidental del texto neotestamentario. Para facilitar el acceso al texto griego, ya se da en la edición la traducción castellana del P. Bover, que ha sido escogida precisamente por ser una traducción literal. Condición que «se opone, por lo general, a la elegancia de estilo que consiente una lectura seguida y literariamente agradable», pero sirve «para acercarse mucho a la misma contextura del escrito original» (cf. Introducción, p. XVII).

Pero si lo que se pretendía con el texto latino era ofrecer al lector el testimonio de la lectura secular del N. T. en una amplia parte de la Iglesia, creo que hubiera sido mejor editar la *Vulgata* y no la *Neo-Vulgata*, pues el fin de sus coeditores fue lograr un texto latino que «se adaptase lo más posible al griego» (cf. Introducción, p. XIX).

Para ilustrar lo dicho podemos fijarnos en el texto, célebre, de *Rom.* 5, 12: gr. και οὕτως εις πάντας άνθρώπους δ θάνατος διήλθεν, έφ' ό πάντες ήμαρτον. lat. *et ita omnes homines mors pertransiit, eo quod omnes peccauerunt*; cast. *y así a todos los hombres alcanzó la muerte, por cuanto todos pecaron.*

La lectura que hizo el concilio de Trento de este pasaje (cf. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*, Barcelona, 1973, p. 367) es el de la *Vulgata*: ... *in quo omnes peccauerunt* que adquirió una considerable relevancia teológica, pero que en la edición que comentamos ha quedado relegada al aparato.

¿Hubiera sido, tal vez, preferible haber editado únicamente el texto griego en la página par con su correspondiente aparato crítico y la traducción castellana en la página impar provista de las respectivas notas y paralelos? La edición hubiera ganado en sencillez y claridad.

No quisiera que estas últimas líneas decoloraran el excelente juicio que el trabajo que comento me merece. Es una gran obra, heredera de una secular tradición española de estudios sobre el texto bíblico, que a pesar de la incompreensión y de la asfixia a que habitualmente se la somete en este país, no deja de alcanzar cotas cada vez más altas y, como en este caso, difícilmente superables.

J. R. BUSTO SAIZ

P. VERGILI MARONIS.—*Opera*, post R. SABBADINI et A. CASTIGLIONI rec. M. GEYMONAT. Torino, Paravia, 1973, XXVIII + 706 pp.

La edición de Sabbadini (1930) es la más reciente de las recogidas por F. Peeters (*A Bibliographv of Virgil*, Roma, 1975), quien ha prescindido, inexplicablemente, del texto establecido por Mynors (1969) que sustituyó en la colección de Oxford a la edición de Hirtzel.

Es precisamente el relevo del texto de Sabbadini-Castiglioni el que ahora toma M. Geymonat. La obra, que ya desde la difícil facilidad con que está redactado el Prefacio, se revela como un trabajo de experto, hecho a conciencia, ha sido muy bien acogida: pueden verse los elogios de P. Perroni (*RFIC*, 1974, pp. 346-351), el sólido valor que le concede N. Horsfall (*JRS*, 1974, pp. 273-274), no disminuido por los detalles que discute, ni por los defectos que cuidadosamente señala este A.; favorable también es el juicio de Perret (*REL*, 1973, pp. 379-381; *RPh*, 1974, pp. 556-557).

La edición presenta un riquísimo aparato en el que se recogen los azares sufridos por el texto virgiliano a lo largo de los siglos «non tantum ut textum emendarem quam ut carminum obscuritatem uerborumque discrepantiae illustrarentur» (p. XIV).

Un *index uerborum*, elaborado al modo del hecho por Mynors, pero algo más amplio (1373 voces frente a 1268), recoge la antroponimia y los nombres geográficos, con breve explicación.

El nombre de Geymonat se añade, con este texto, al de los grandes editores de Virgilio, y la consulta de su edición es desde ahora imprescindible para cualquiera que pretenda trabajar con seriedad sobre los textos del poeta mantuano.

CARMEN CASTILLO

QUINTILIEN.—*Institution oratoire*. Tome II, Livres II et III. Texte établi et traduit par JEAN COUSIN, Professeur honoraire à l'Université de Besançon. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1976, 281 pp. + Table de matières (las pp. 26-111; 140-225, van dobladas).

En 1975 se editó el primer tomo con el libro I de la extensa obra de Quintiliano por la Sociedad de edición «Les Belles Lettres» de París. Un año después, en 1976, ha aparecido el tomo II, con los libros II y III, por el mismo filólogo especialista, Jean Cousin, que continúa incansable su labor *pro Quintiliano* con una actividad ejemplar y sin esperas, que bien se explica por el dominio completo del tema y autor, en todos los aspectos abordables: fuentes, texto, doctrina, traducción, comentario, dentro de las normas de la Sociedad editora.

La ordenación y estructura en cada uno de los dos libros de este tomo II ofrece las mismas secciones: una *Notice*, como Introducción, el cuerpo del libro con el texto latino a la derecha y su traducción a la izquierda, notas de aparato crítico-textual al pie del texto y notas histórico-literarias al pie de la traducción francesa; pero es común al final del tomo para ambos libros las notas complementarias a las Noticias y al Texto (pp. 227-281).

El libro II con sus 21 capítulos, adolece de falta de unidad temática, puesto que empieza con cuestiones pedagógicas y metodológicas ya tocadas en el libro I, para entrar después a tratar de las cualidades de la retórica, que es lo propio del libro. Después de esta acertada observación, Cousin va examinando en la *Notice* el programa que Quintiliano se propone desarrollar en el libro II. Para ello analiza los principios, nociones, definiciones, divisiones de la Retórica, que propugna nuestro rétor, confrontándolas con la doctrina griega y latina, desde Sócrates en el *Gorgias* hasta Cicerón en el *De oratore*. Todas las excelentes cualidades que Quintiliano asigna a la Retórica, pasan por la criba modular de la tradición antigua, para acabar afirmando el noble fin que se propone el autor: hacer de la Retórica una virtud, la *uir*tus, que es la realización y perfección del *uir*.

En cuanto al texto latino y la crítica textual, es de señalar que Cousin valora más los códices *Ambrosiano* y *Bernense*, retrasándolos al siglo IX con respecto, por ejemplo, a Radermacher que los asigna al XI y X, respectivamente; y utiliza el Turicensis del XI y el Harleiano del X, que aquél no registra entre sus fuentes. De ahí que el texto de Cousin sea más seguro, y el aparato crítico más completo que el Radermacher y otras ediciones anteriores.

El libro III, que ocupa las pp. 116 a 225, tiene una *Notice* bastante más breve que la del II. En ella estudia Cousin el objetivo del libro, que es el origen, los elementos y la disposición de los mismos, precedido de un resumen de historia de la Retórica. Va ilustrada al final con unos cuadros sinópticos de las divisiones y reagrupaciones de las categorías de las causas oratorias, propuestos por Hermágoras, Cicerón en el *De inuentione*, Retórica *ad Herennium* y de Quintiliano.

Para el texto latino ha introducido Cousin entre los recursos y subsidia los códices *Cantabrigensis Iohannensis*, *Leidensis Voss.* y el *Breviarum Stephani Rothomagensis*, los tres del siglo XII, no empleados por Radermacher, que enriquecen, mejoran y aseguran la transmisión textual.

Ya hemos indicado que además de las notas breves histórico-literarias al pie de la traducción, hay una sección de Notas complementarias en las pp. 227-281 para ambos libros. Son notas de lugares paralelos y de comentario, más extensas que aquéllas y más completas y precisas en datos e ideas que las otras ediciones, como la francesa de Bornecque y la inglesa de Butler.

Podemos, por tanto, afirmar en honor de la verdad, que esta edición de los libros II-III de Quintiliano mejora en varios aspectos las buenas anteriores.

J. CAMPOS, SCH. P.

QUINTILIEN.—*Institution oratoire*. Tome III, Livres IV et V. Texte établi et traduit par JEAN COUSIN, Professeur honoraire à l'Université de Besançon. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1976, 253 pp. + Table de matières (las de texto y traducción, 17-91, 102-200, doblan la numeración).

Sale a la luz este tomo en el mismo año, 1976, en que apareció el anterior, ya reseñado, y con las mismas características externas de edición y tipografía; no así las internas, que responden a la materia e importancia de su contenido. En efecto, la Introducción o *Notice* que precede al libro IV es sencilla y breve,

como lo es el libro a que se refiere. En ella señala Cousin el objetivo de éste, que es exponer las partes del discurso: exordio, narración, digresión, proposición, división; dejando la confirmación, las pruebas, para el libro V y la peroración para el VI. Viene por sus propios pasos la comparación con las fuentes retóricas prearistotélicas y postaristotélicas hasta Cicerón, siguiendo Quintiliano más a los retores próximos a su tiempo que a los teóricos y filósofos griegos más antiguos. Porque es observación muy acertada que Quintiliano es más abogado y orador público que teorizante y dialéctico de especulaciones doctrinales. De ahí sus atinados consejos que extrae de sus análisis psicológicos de caracteres y actitudes individuales y de la muchedumbre, que imponen al orador ponderación, modestia, prudencia; lo cual supone conocimiento singular del ambiente social, de la realidad circundante en que se movía. Esto por lo que se refiere al exordio. Con la misma agudeza y talante va analizando brevemente Cousin las demás partes del discurso que son tema del este libro IV, siempre con la mirada puesta en las fuentes griegas y en su técnica retórica, que no olvida Quintiliano. El buen sentido y la medida prevalecen en la exposición de nuestro rétor, y su solicitud por la eficiencia de sus enseñanzas, adecuadas a la psicología individual y colectiva de los auditorios.

Respecto al texto latino, sigue empleando Cousin los codd. Harleiano, Turicense y Cantabrigiense Iohannensis para estos dos libros, IV y V, que se echan de menos en ediciones críticas anteriores, y sobre todo en la de Radermacher. Con ellos aumenta la autoridad y seguridad de su aparato crítico. Con sus cinco breves capítulos este libro no ofrece la importancia y densidad del siguiente.

El libro V tiene un tema más sustancial y macizo que el del anterior, como que su objetivo es establecer y exponer la prueba o confirmación del discurso, sin lo cual no hay demostración y persuasión del auditorio, y más tratándose de una oratoria judicial o forense, como es la que tiene presente Quintiliano. Para el efecto de las pruebas que persuaden, nuestro rétor se dirige más a la inteligencia, que puede afianzar las convicciones, que a la sensibilidad, que, como más variable, es menos segura y más inestable.

Cuales sean los procedimientos y técnica demostrativa que puede afectar mejor al espíritu humano, Quintiliano, sin perder de vista a Aristóteles, los clasifica en extrínsecos o lugares comunes y en intrínsecos: los lugares comunes son los juicios dados anteriormente, los rumores públicos, la tortura, los documentos escritos, el juramento, las deposiciones de testigos. Los intrínsecos son las pruebas que el orador puede sacar de su propio fondo, gracias a su arte y habilidad oratoria. Nuestro editor va estudiando cada uno de estos lugares comunes, en relación con las fuentes griegas, llegando hasta los *Topica* de Cicerón, que elogia el método del Estagirita de disertación por tesis y antítesis. A la confirmación por vía positiva sigue y se opone dialécticamente la refutación por vía negativa. Pero ambas tienden a la cooperación y unificación lógica de todas las partes del discurso.

Frente al libro IV y su contenido, el V resulta más hondo y de más peso, y se refleja también en su doble extensión con sus 14 capítulos. Después del texto latino y su traducción francesa vienen las notas complementarias de ambos libros, con las observaciones sobre fuentes y bibliografía histórico-literaria, ricas e ilustrativas.

El tomo III, por tanto, mantiene la línea y méritos de los anteriores.

J. CAMPOS, SCH. P.

RODGERS, R. H.—*Palladii Rutilii Tauri Aemiliani uiri inlustris opus agriculturae. De ueterinaria medicina. De insitione*. Teubner, Lipsiae, 1975.

Cerca de ochenta años separan las dos últimas ediciones de Paladio realizadas por la editorial Teubner y obviamente, al espléndido trabajo realizado por el último editor R. H. Rodgers ha contribuido favorablemente el tiempo que lo separa de la edición de 1879 debida a Schmit, que ya en 1876 había editado el libro I de Paladio (Diss., Würzburg, 1876).

El progreso de la crítica textual, los estudios fundamentales sobre el agrónomo latino debidos a J. Svennung, y el descubrimiento de un nuevo libro de Paladio en el *interim* de las ediciones teubnerianas, se plasman felizmente en la edición debida a Rodgers. Obviamente la novedad más llamativa estriba en la inclusión del libro descubierto: *De ueterinaria medicina* del que Svennung se había ocupado en 1926, pero que, por vez primera, aparece incorporado en una edición de la obra completa hoy conocida de Paladio.

La aparición de nuevos manuscritos de Paladio en un número que supera con creces la centena, permitió a Rodgers la utilización de tres testimonios del siglo IX, parejos en época a los más antiguos manuscritos conservados del autor, así como la adición del manuscrito *M* (*Codex Mediolanensis. Bibl. Ambrosiana C. 212 inf.*) y del extracto conservado en el códice *W* (*Sangallensis 878*); esto conlleva, en cuanto a manuscritos utilizados se refiere, otra importante novedad de la edición de Rodgers basada, en el *Opus Agriculturae*, fundamentalmente en ocho códices más otros cuatro de utilización esporádica: doce manuscritos en total cuya selección el autor no justifica.

Tan sólo se echa de menos, siendo una edición tan cuidada (acompañada de un índice de palabras importantes y de una información bibliográfica exhaustiva sobre Paladio), la ausencia de *stemma* para los manuscritos del *Opus Agriculturae*, que, en cambio, el autor nos ofrece en una publicación posterior en un año a su edición (de la que aquí no podemos tratar). Cabe también lamentar el desprecio del editor a los *recentiores*, siendo así que en ocasiones acepta sus lecturas frente a las de los demás manuscritos, y tampoco podemos compartir su opinión sobre las conjeturas de Policiano, único punto en que la edición de Rodgers no supone un fuerte avance sobre la de Schmit.

Debemos resaltar, por habernos ocupado recientemente de la colación y relación stemmática de los manuscritos medievales del libro I de Paladio, el serio trabajo de minuciosa colación de estos testimonios llevado a cabo por Rodgers, corrigiendo en no pocos casos errores manifiestos que figuraban en la edición de Schmit; el texto, en general, conservador con escasas conjeturas; la claridad de su aparato crítico nunca prolijo, y la importancia de presentar por primera vez un aparato literario que tiene a nuestro entender el mérito de presentar al lado de las fuentes de Paladio ya conocidas por anteriores estudios (sobre todo en el caso de Columela) otras de gran importancia para comprender la gestación del texto paladiano (como la compilación griega *Geopon.*, *Plin.* y *Fauent.*). Por todo ello puede decirse que el trabajo de Rodgers es la primera edición completa de la obra de Paladio y además la primera llevada a cabo con rigor científico.

ANA MARÍA MOURE CASAS

NÉMESIEN.—*Oeuvres*. Texte établi et traduit par P. VOLPILHAC. Collection des Universités de France, Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1975, 155 pp.

Esta edición de las obras de Nemesiano de la «Collection des Universités de France» contiene sus *Bucólicas*, los 325 versos conservados de su *Cynegeticon* y los dos fragmentos del *De aucupio*, respecto a los cuales no es segura su paternidad.

Confiesa P. Volpillac que resultaba difícil presentar una edición revolucionaria de las *Bucólicas*, pues ya en 1910 había abordado C. Giarratano con objetividad la mayor parte de los puntos susceptibles de discusión (p. 38). No obstante, la revisión personal llevada a cabo por el editor sobre una serie de manuscritos ha dado como fruto algunas precisiones en el aparato crítico. Y la situación era semejante para el *Cynegeticon*, ya que la edición de P. van de Woestijne, de 1937, poseía un aparato preciso y exhaustivo (p. 92). En todo caso, el aparato crítico que acompaña a ambas obras en la presente edición se distingue por el elevado número de variantes que se indican. En cuanto a los fragmentos del *De aucupio*, que carecen de una transmisión directa, el aparato se limita a las variantes que aparecen en las sucesivas ediciones a partir de su presentación por G. de Longueuil en el *Dialogus de auibus* de 1544.

De las notas aclaratorias que al pie de página y al final de cada obra ilustran el texto resultan especialmente interesantes, tratándose de Nemesiano, las que señalan los paralelos con autores anteriores, en particular con Virgilio y Calpurnio Sículo para las *Bucólicas* y con Virgilio y Gratio para el *Cynegeticon*.

La introducción a las *Bucólicas*, aparte de otras cuestiones como las de la autenticidad y datación de la obra y la de sus fuentes, aborda también el problema de su valoración literaria. Desde este punto de vista distingue entre las bucólicas I, II y IV, por un lado, y la III por otro. No pretende defender a Nemesiano del reproche de plagiarlo que tradicionalmente se ha dejado caer sobre él; pero sí lo disculpa en parte en atención a su juventud y al hecho de que esta obra representa sus primeros pasos como poeta. Por otra parte, encuentra en ella indicios de un auténtico, aunque no muy elevado, valor literario: moderación en la elección de los temas, virtuosismo al entrelazar armoniosamente sus imitaciones, buen gusto y sobriedad, ritmo expresivo. Por lo que toca a la III bucólica, es una pieza de reconocido valor literario, en la que se mezcla el realismo con la delicadeza, el goce sensual con las aspiración espiritual, el entusiasmo sincero con la originalidad.

Las cuestiones abordadas en la introducción al *Cynegeticon* son del mismo género: fecha de composición, estado en que se ha conservado, fuentes, valor literario. La obra es posterior a las *Bucólicas* y responde a aspiraciones más elevadas; pero de ella sólo se conserva una parte, que no es suficiente para permitir una reconstrucción de las líneas generales del conjunto. El editor recoge también aquí las críticas adversas de que ha sido objeto la obra en su aspecto literario, y expone su propio parecer, que no resulta negativo para Nemesiano. Por de pronto, es del todo inconsistente la acusación de que el autor desconocía la técnica de la caza; y la forma del poema, a pesar de ciertos defectos, no constituye un fracaso total. De hecho, sus contemporáneos admiraron a este poeta, y la misma actitud encuentra ecos posteriores al final de la antigüedad, en la Edad Media y en los comienzos del Renacimiento.

La nueva edición presenta, por consiguiente, una puesta a punto del texto y del conjunto de cuestiones que surgen en torno a las obras del poeta.

MARCELO MARTÍNEZ PASTOR

1. ΠΑΠΑΘΩΜΟΠΟΥΛΟΣ Μ. Μαξίμου Πλανούδη μετάφρασις τῶν Ὀβιδίου Ἐπιστολῶν. ΠΑΝΕΠΙΣΤΗΜΙΟΝ ΙΩΑΝΝΙΝΩΝ, ΦΙΛΟΣΟΦΙΚΗ ΣΧΟΛΗ. ΣΕΙΡΑ "ΠΕΛΕΙΑ", 1. ΙΩΑΝΝΙΝΑ, 1976, XII + 126 pp.
2. Εὐτεκνίου παραφράσεις εἰς τὰ Νικάνδρου Θηριακὰ καὶ Ἀλεξιφάρμακα. "ΠΕΛΕΙΑ" 2. ΙΩΑΝΝΙΝΑ, 1976, XV + 136 pp.
3. Ἄνωνύμου παράφρασις εἰς τὰ Διονυσίου Ἰξευτικά. "ΠΕΛΕΙΑ", 3. ΙΩΑΝΝΙΝΑ, 1976, XX + 61 pp.
4. Ἄνωνύμου παράφρασις εἰς τὰ Ὀππιανοῦ Ἀλιευτικά. "ΠΕΛΕΙΑ", 4. ΙΩΑΝΝΙΝΑ, 1976, XIV + 55 pp.

1. Notable ha sido el interés que los estudiosos han dedicado a las traducciones de textos latinos verificadas por Planudes.

Desde la publicación de la ya clásica *Gesch. der Byzant. Litter.* de K. Krumbacher, pasando por el artículo de C. Wendel en la *RE* XX, 2, 1950, col. 2202 ss. hasta llegar al trabajo de O. Schmitt, sobre la literatura latina en Bizancio, publicado en *JOE Byz.* 17, 1968, p. 127 ss., en que se recogen las publicaciones hasta 1967, nuestro conocimiento de esta problemática ha sido considerablemente enriquecido.

Con posterioridad al estudio de Schmitt, bibliografía sobre el tema aparece recogida en la edición que reseñamos donde no hemos visto citada la tesis de Fisher, importante para las traducciones planudeas de Ovidio (cf. *HSPh* 77, 1973, pp. 248-250).

Un común denominador de las traducciones latinas verificadas por Planudes es que rara vez se nos da una lección de valor para el establecimiento del texto latino. Este aspecto ha sido puesto de relieve por Alberti (*Studia Fl. A. Romani*, 1969), a propósito del *Somnium Scipionis*.

A idéntica conclusión llega Kopanos, *EEThess.*, 1974, al afirmar que Planudes busca al traducir el «sensus de sensu» y no el «uerbum e uerbo», tanto en las *Metamorfosis* y *Heroidas* de Ovidio como en sus traducciones de Boecio.

No obstante, las traducciones latinas de Planudes son de buena calidad, excelente a veces, como ocurre con el tratado *de Trinitate* de S. Agustín (cf. Valoriani, *VIII Congr. Inter. di Studi Biz.* I, 234). Incluso pueden ser consideradas como obras de cierto valor dentro de la literatura griega bizantina, por acomodarse a los criterios estéticos de la época, si hemos de dar crédito a Fisher.

El profesor M. Papatomopulos en el homenaje a G. Kapsomenos (Tesalónica, 1975) nos anticipó un estudio sobre la transmisión manuscrita de la traducción planudea de las *Heroidas* de Ovidio.

Sus conclusiones han sido recogidas en la Introducción de la edición que estamos reseñando.

Todos los mss. conocidos de esta traducción planudea remontarían a un *codex* existente: el *Vat. Reg. gr.* 133 (R). A través de tres mss., hoy desaparecidos, llegaríamos al *Vat. Barb. gr.* 121 (B) y al *Scorialensis Y III* 13 (S). Todos ellos del siglo XIV y es mérito del editor el haberlos utilizado por primera vez en su edición, que meritoriamente sustituye a la única existente de A. Palmer. Esta se basaba en el *Parisinus gr.* 2884, (P) del siglo XIV; ms. que, como es lógico, tiene en cuenta el editor y que derivaría también de R a través de a, b, c. Así pues, el editor considera a R como un heredero directo del autógrafo de Planudes y le concede primacía en su edición.

En el aparato crítico ha incorporado todas las correcciones hechas por Palmer y cuando R nos ofrece una lectura incorrecta, nos ofrece en el texto la *emendatio* de Palmer, cuyo trabajo en este sentido fue considerable, de modo que las correcciones propias de P. son muy pocas. No obstante, por los nuevos manuscritos consultados y por la pulcritud con que está copiado el texto, la edición de P. pasará a ser la usual e imprescindible para todo trabajo serio.

2.3.4. Las tres obras editadas por P. y publicadas dentro de la serie «Peleia» constituyen, hasta cierto punto, una unidad y pueden ser tratadas conjuntamente. Al hablar de unidad nos referimos a la transmisión de las tres paráfrasis que se encuentran en el famoso códice *Vindobonensis Med. Gr.* 1 (V), a saber, la *Paráfrasis* a los *Halieutica* de Opiano, a los *Ixeutica* de Dionisio y las correspondientes a los poemas de Nicandro: *Theriaca* y *Alexipharmaca*. Todas ellas fueron atribuidas por la tradición a Euctenio el Sofista, con lo cual tendríamos también unidad de autor. Pero esta hipótesis últimamente ha sido descartada y la paternidad de Euctenio se reserva a la *Paráfrasis* de los poemas nicandros, considerándose de autor anónimo la correspondiente a los *Ixeutica* y a los *Halieutica*.

Los títulos del editor, como es obvio, abogan por esta última hipótesis, mucho más verosímil desde los trabajos de la señorita Gualandri, quien editó por primera vez la *Paráfrasis* a los *Halieutica* de Opiano (Cisalpino, 1968). Fue mérito de Gualandri el descubrimiento de que la transposición que se observa en varios mss. de la *Paráfrasis* de Opiano era obra de un copista del siglo X y no error debido a J. Chortasmenos como afirmaban los filólogos. Este descubrimiento fue clave para resolver satisfactoriamente la clasificación de los mss. de esta *Paráfrasis* y de las otras tres contenidas en V y citadas anteriormente.

A pesar del meritorio trabajo de Gualandri, que sirvió de base a los estudiosos posteriores, la crítica en general y particularmente P. señalaron una serie bastante considerable de errores, debido a una lectura incorrecta de los mss. (cf. *REA* 44, 1970, pp. 48-59). Además, el texto era perfectible desde una consideración más concienzuda de los hechos fonéticos, morfológicos y lingüísticos en general.

En 1969, Gualandri editó la *Paráfrasis* a los *Theriaca* de Nicandro, insistiendo sobre el importante hecho de que V era el arquetipo de todos los mss. conservados, a la vez que hacía pertinentes consideraciones sobre el carácter del texto y el estilo de Euctenio. Pero a la editora, aunque en este caso contaba con ediciones anteriores como la ya anticuada de Bussemaker, se le deslizaron una serie de errores en el texto de la edición, que P., con la consulta directa de los mss. V M A subsanó en *REA* 45, 1971, pp. 84-98. Por otra parte, se mostró en desacuerdo con la editora italiana en la interpretación de numerosos pasajes dudosos.

En la revista *Dodona* 2, 1973, pp. 227-249, P. hizo una serie de consideraciones críticas sobre las ediciones de la *Paráfrasis* de los *Alexipharmaca* de Bandini,

Schneider y Bussemaker. Todas estas revisiones críticas de P. presagiaban las ediciones a las distintas *Paraphraseis* que reseñamos.

2. *Theriaca* y *Alexipharmaca*: a) La transmisión manuscrita es para P. muy simple ya que V es el arquetipo de todos los mss. existentes. A través de un códice perdido la tradición se ha bifurcado en dos ramas (toda esta teoría nos parece un poco simplista, pero hemos de dar crédito a P.), una representada por A, el *Atous Laurae* Ω 75 de los siglos XI-XII del que deriva el *Scorialensis* gr. Σ I 17 del siglo XV, y otra rama, M, cuyo representante es el *Pierpont Morgan* 652, del siglo X, y del que derivan otros dos manuscritos: *Vaticanus Urbinas* gr. 66 y *Laurentianus* gr. 86, 9, ambos del siglo XV.

b) El aparato crítico, por consiguiente, se limita a recoger las variantes del arquetipo V y de los dos cabezas de serie A M, así como las correcciones del propio editor y aquellas de Gualandri y sus predecesores que le parecen más interesantes. Quizás en este aspecto, la recogida de datos de sus predecesores, P. sea excesivo y nos parece que la omisión de algunos datos innecesarios habrían aligerado considerablemente el aparato crítico.

c) Felicitamos sinceramente al profesor Papatomopulos por el esmero y cuidado con que está copiado el texto griego de las cuatro ediciones y que mejora con creces todas las anteriores. Sus trabajos de «advocatus diaboli» de la señorita Gualandri han servido indiscutiblemente para ofrecernos un texto casi impecable, aunque en algunos pasajes concretos y en litigio no esté dicha la última palabra.

d) Los *Índices nominum et verborum* de esta edición y de 3 y 4 son muy completos. ¿Por qué en la traducción planudea de Ovidio limitó su trabajo únicamente al *Index Nominum*?

Algunos editores modernos señalan después de los índices los principales hechos fonéticos, morfológicos, etc., del texto que editan. P. ha omitido este aspecto, cuya síntesis nos hubiera gustado encontrar. Sus apreciaciones sobre este particular en *REA*, 1970, pp. 55-59, nos parecieron interesantes.

4. *Halieutica*: a) El autor presenta un *Stemma Codicum* idéntico al de la edición anterior, pero en esta obra los manuscritos derivados de A y M son más numerosos.

b) En el aparato crítico, a diferencia de la edición anterior, no recoge las variantes de M y concede bastante importancia a las observaciones que Giangrande hizo a la *editio princeps* de Gualandri (cf. *CR* 19, 1969, pp. 236-237) y a las de Keydell (cf. *Gnomon* 42, 1970, pp. 304-306). En este sentido el autor recoge las interpretaciones de Gualandri añadiendo a continuación la referencia a la observación de sus críticos, procedimiento incómodo para el lector y que de haberse omitido en muchos casos se habría aligerado el aparato crítico. Por otra parte, el editor debería haber optado, bien por la interpretación de la editora italiana, como generalmente hace, o por la de sus críticos.

c, d) Para el texto y los índices valga lo dicho a propósito de 2.

3. *Ixeutica*: El estudio moderno más importante sobre esta obra se debe a A. Garzya (Teubner, 1963). P. ha seguido criterios idénticos a los que hemos visto en 2 y 4. Es decir, concede la primacía a V y en el aparato crítico utiliza las

variantes de A y de M, que en este caso designa al *Marcianus gr.* 524, recogiendo en el aparato crítico las correcciones más importantes de los editores precedentes: Winding (1702), Schneider (1776), Lehrs (1851), Garzya, pero el editor en esta obra concede una mayor atención a los *recentiores* debido a que V omite extensos fragmentos de esta *Paráfrasis*.

Hemos omitido cuestiones de detalle pero tampoco queremos negar su problemática y existencia en pasajes concretos, cuyo tratamiento requeriría una amplitud mayor dentro de esta breve reseña. Hay una serie de variantes que podrían explicarse por fenómenos de itacismo, por ejemplo, *Halieutica*.

- 4,32 μόλυβδου A: μόλιβδου V Semper.
 7,11 επιμαίνεσθαι A: επιμενεσθαι V
 8,12 αρειν 6 Gual.: εριν V: αρειν A
 9,26 νομῆς V: νομεις A

Algunos editores eliminan en el aparato crítico los fenómenos de itacismo; cuando se trata de textos clásicos puede ser un criterio válido, pero si se editan textos bizantinos estos hechos deben anotarse cuidadosamente como hace P. Igualmente debe mantenerse el hiato según la práctica de este editor y no pretender normalizar pedantemente textos tardíos al modo de los textos clásicos.

Muestra del cuidado y esmero puestos por el editor es el que incluso refleje en el aparato crítico errores puramente gráficos:

- 6,5 οὔτε V: ούμέ A
 11,34 ἀτράκτω: ἀδράκτω V

Respecto de los vulgarismos y formas propias del griego tardío el editor ha preferido relegarlos al aparato crítico, así por ejemplo οὔτως ante consonante queda relegado frente a οὔτω. El editor ha preferido las formas más usuales como en 1, 22 σφόδρα frente a σφρόδρα de V. En cambio, prefiere el ἐξόπισθεν de V frente a ἐξόπισθεν de A, por ejemplo en 4, 32 y 5, 8.

Habría que unificar una serie de criterios para las ediciones de textos bizantinos, ya que los editores por lo general suelen dar primacía a las formas más clasicistas en detrimento, tal vez, de las que escribieron los autores de época tardía. Pero esto es más bien cuestión de temperamento.

No cabe duda de que, como hemos dicho anteriormente, las cuatro ediciones de Papatomopulos sustituyen con creces a las precedentes. Hemos de agradecer a la Universidad de Ioannina la publicación de la serie «Peleia», dedicada a textos tardíos. Con ello, rinde un buen servicio a la Filología al enriquecer nuestro conocimiento del griego bizantino y publicar textos útiles para los estudios de tipo léxico y gramatical.

G. MOROCHO

NORBERG, DAG.—*Notes critiques sur l'Hymnarius Severinianus*. Kungl. Vitterhets Historie och Antikvitets Akademien. Filologiskt arkiv 21. Uppsala, 1977, 64 pp.

Este estudio responde ampliamente al título del mismo: nos presenta en detalle la profundización en los dos manuscritos Vaticano (Va) y Parisiense (Pa), respectivamente, que en su tiempo fueron recogidos por G. M. Drevés bajo el título de *Hymnarius Seuerinianus*. Esta edición en el momento de su aparición coincide con otra de V. Chevalier; ambas son analizadas y comparadas por el autor y como consecuencia rectificadas en aquellas variantes que a juicio del mismo no corresponden al texto original.

Aunque la redacción del *Hymnarius* data del siglo X, su composición pertenece a una etapa que se extiende desde el siglo IV al X; la calidad del texto se puede deducir al ser comparado con otros, aunque no se puede perder de vista que la tradición ha dificultado notablemente la reconstrucción del original.

Los aparatos críticos son defectuosos, por lo que ha sido necesario recurrir a diferentes microfilms de Va y Pa y las conclusiones que se dan, como dice el autor, «son fruto de nuestra propia observación». Interesante nos parece el apartado dedicado a la ortografía, cuestión muy debatida, sobre todo cuando se trata de un texto de la alta Edad Media; resaltamos que aquí el autor sigue en general el manuscrito Va y tiene en cuenta las variantes que aparecen en Pa.

Especialmente nos fijamos en el uso de la estrofa sáfica para estos himnos, las reflexiones sobre asonancia —creada para estos autores por motivos auditivos y no oculares—, el ritmo—donde se ve que los autores no están sujetos a la cantidad silábica, aunque tienen en cuenta su número y no admiten en final de verso un nombre proparoxítono—.

Apoyando su estudio sobre prosodia y acentuación en las reglas latinas, y puntualizando las diferencias que surgen en los autores de la Edad Media, termina este estudio con dos apartados de gran actualidad e importancia; el que se titula «Notas lexicográficas» y el punto que el autor llama Fonética de los copistas y crítica del texto: «corregir un texto de un manuscrito es un trabajo delicado y peligroso, pero este riesgo no dispensa a un editor de intentar comprender y analizar a fondo la tradición manuscrita. Esta es una regla a la que el latín medieval no debe de escapar».

M.^a JOSÉ LÓPEZ DE AVALA Y GENOVÉS

II. LINGUISTICA

PISANI, VITTORE.—*Manuale storico della lingua greca*. Seconda edizione con un Appendice: *Il Miceneo* di CELESTINA MILANI. Studi Grammaticali e Linguistici 11. Brescia, Paideia Editrice, 1973, 288 pp.

Un cuarto de siglo después de su publicación por vez primera, en 1947, ve la luz una segunda edición del *Manuale Storico* del veterano y discutido profesor Pisani. Si ya en aquellas fechas el autor omitía o marginaba una serie de nuevas aportaciones metodológicas a los estudios de gramática comparada, sólidamente

asentadas ya, y combinaba, en una curiosa mezcla, un extremo conservadurismo en algunos aspectos (como por ejemplo, la teoría del *schwa* único) con posiciones autocalificadas como «heréticas», el tiempo transcurrido no ha hecho otra cosa que empeorar el panorama. En comparación con otros manuales de corte semejante (por ejemplo, el de O. Hoffmann, A. Debrunner y A. Scherer), el interés didáctico de esta obra en los años setenta había quedado reducido casi a la recopilación comentada de textos representativos de cada época o dialecto. Habría sido preciso, por tanto, reformar a fondo el manual, pero la realidad es que muy pocas son las nuevas aportaciones que en él tienen cabida, y casi todas debidas a Celestina Milani. Se han revisado los errores en los textos, tras colacionarlos con adiciones más recientes, y se han introducido algunas referencias bibliográficas nuevas, si bien no muchas. Asimismo, es nuevo un pequeño apéndice sobre Mícénico (pp. 247-270), con algunos textos comentados, obra también de C. Milani, aunque el propio Pisani advierte al comienzo de la obra (pp. 7-8) sus discrepancias con las opiniones de esta profesora y remite a bibliografía propia sobre el tema.

Por todo ello, el manual continúa haciéndose acreedor a las mismas críticas que su primera edición, y sigue siendo más útil por su recopilación de textos que por el contenido doctrinal de sus explicaciones.

A. BERNABÉ

BERTELLI, L., LANA, I. y otros.—*Lessico politico dell' epica greca arcaica*, fasc. I ἀάατος—ἀγγίθεος. Turín, Bottega d'Erasmus, 1977, CLVIII + 122 pp.

El equipo de investigadores que ha redactado esta obra pretende crear una serie de léxicos de la terminología política y social del mundo antiguo dirigida no primariamente a filólogos clásicos sino a los estudiosos de las doctrinas políticas.

A mi juicio la selección de autores no ha sido muy afortunada, y ello por dos razones: en primer lugar porque de la épica arcaica poseemos varios y buenos diccionarios de autor (tanto de Homero, como de Hesíodo, como de toda la épica arcaica). En segundo lugar porque para conocer la terminología política y social del mundo antiguo parece quizá más interesante el léxico de un Demóstenes, de otros oradores áticos, de textos epigráficos, de legisladores, de historiadores, etcétera, que el de los épicos arcaicos. Por otra parte, frente a la abundancia de léxicos, índices, concordancias, índices inversos, etc. de Homero, Hesíodo y la épica arcaica, de Demóstenes apenas si disponemos de algo más que el viejo índice (no léxico) de Preuss. En este sentido pienso que las 308.000 palabras de Demóstenes serían más interesantes para el «pensiero político» que las 260.000 de la épica arcaica.

El léxico recoge todo lo que está dentro de la tradición épica arcaica, es decir, la *Ilíada*, *Odisea*, *Himnos homéricos*, *Hesíodo*, *Poemas cíclicos*, *Margites*, *Batracomiomaquia*, *Certamen*, *Vidas*, etc. Sin embargo, el vocabulario dista mucho de estar recogido exhaustivamente: faltan los nombres propios y una serie de palabras como ἄ, ἀαγής, ἀβακέω, ἀβλαβέως, ἀβλής, ἀβλητος y un largo etc. No se ve bien cuál es el criterio para seleccionar las palabras: no están todas y evidentemente entre las que están, no todas, ni mucho menos, tienen interés para el pensamiento político de la antigüedad.

Tampoco se ve muy bien la necesidad de una introducción tan larga y erudita. La introducción de un léxico «político» de la épica arcaica no parece el lugar más indicado para tratar *in extenso* (65 pp.) los problemas de la cuestión homérica, la historia de la cuestión, las tesis de Parry, etc. Tampoco parece justificada la extensísima bibliografía (474 + 29 títulos) en la que figuran obras como *La Galaxia Gutenberg* de Mac Luhan, que no tienen tanta relación con la épica arcaica o con la lexicografía griega. En este punto se puede señalar que en los dos únicos títulos españoles reproducidos (la *Introducción a Homero* y «Sobre los orígenes del vocabulario ático», de Adrados) hay tres errores. Tampoco es muy correcta, o mejor muy completa, la referencia a Renehan: cita sólo uno de su serie de artículos que después se han publicado en forma de libro (*Hypomnemata* 45, 1975).

En cuanto a la disposición de los artículos se ha seguido un procedimiento bastante complicado: se comienza por el lema, a continuación viene el apartado de frecuencias, después el de métrica, luego el apartado de «ejemplos», a continuación los escolios y finalmente la bibliografía. Cada uno de estos seis apartados puede llegar a ser bastante largo, con una información a veces excesiva, de manera que se llega a perder la visión de conjunto del artículo. Esto ocurre sobre todo con el apartado de los ejemplos que queda alejado del lema al incluirse entre ambos las frecuencias y métrica. Además entre los «ejemplos» (la palabra en cuestión dentro de su contexto) no siempre se citan todos, sino a veces sólo algunos seleccionados y siempre se les acompaña de la traducción italiana. Como los contextos suelen ser innecesariamente largos y como se traduce todo el contexto, los apartados se alargan enormemente. Por ejemplo, en la primera palabra del léxico, ἀάατος, pienso que se podían dar como contextos relevantes ἀάατον Στυγὸς ὕδωρ (*Il.* XIV 271), τόξα... μνηστήρεσσιν ἀεθλον ἀάατον (*Od.* XXI 91) y ἀεθλος ἀάατος (*Od.* XXII 5) con sus respectivas traducciones. Sin embargo, del primer texto de la *Odisea* se da el siguiente contexto: «ἀλλ' ἀκέων δαίνυσθε καθήμενοι, ἢ ἐ θύραζε κλαίετον ἐξελθόντε, κατ' αὐτόθι τόξα λιπόντε, μνηστήρεσσιν ἀεθλον ἀάατον (*Antinoo a Eumeo e Filezio*) orsù, sedete e mangiate in silenzio o andate vene fuori a piangere, lasciando qui l'arco, gara rovinosa per i proci». Evidentemente con textos y traducciones tan largos se puede hacer un léxico muy voluminoso pero quizá no muy útil. Este derroche de texto y traducción se repite en el apartado de los escolios, en donde se hacen citas griegas de cuatro y cinco líneas de texto con su correspondiente traducción. Finalmente el apartado de bibliografía, en tipo menor, debate con bastante detenimiento cuestiones de etimología, interpretaciones semánticas de las palabras, etc. Es este el apartado más novedoso y quizá más útil del libro, a pesar de que las referencias bibliográficas remiten con frecuencia a obras de tipo general, más conocidas, y no tanto a monografías modernas.

En resumen, pues, se trata de una obra laboriosa, con mucha información y bien hecha. Lástima que el esfuerzo realizado no se haya aplicado a otro género literario menos trabajado o a un autor menos estudiado.

J. LÓPEZ FACAL

BADER, FRANÇOISE.—*Suffixes grecs en -m-. Recherches sur l'hétéroclise nominale.* Genève-Paris, Librairie Droz, 1974, 146 pp.

El propósito de este libro, tal como manifiesta la autora desde el prólogo, es «mostrar la fecundidad de las ideas de E. Benveniste», en concreto las referentes a la heteróclisis a base de los elementos *-i-*, *-n-*, *-r-*, *-l-*. Esta cuestión que el propio Benveniste examinara en *Origines de la formation des noms indo-européens*, París, 1935, de una forma general, la emprende F. Bader limitándose a los casos en que estos elementos alternan tras *-m-* (*-mn-*, *-mr-*, etc.). A cambio, su trabajo es más rico y prolijo en datos que el mencionado estudio de Benveniste.

El trabajo de F. Bader es excelente como aporte de datos y análisis de los mismos. En lo que se refiere a la carga doctrinal ofrece gran número tanto de virtudes como de defectos típicos de la obra de Benveniste. Es claro, conciso, preciso; pero también esquemático, deduciendo de unos cuantos hechos las grandes regularidades prístinas, los primitivos mecanismos, los sistemas primigenios. Faltan, en cambio, dicho sea en honor de Bader, las características abstracciones-vaguedades conceptuales de las reconstrucciones benvenisteanas.

El fondo del problema es éste: las indudables relaciones existentes entre los elementos *-i-*, *-n-*, *-r-*, *-l-* puestas de relieve por Benveniste ¿exigen realmente pensar en una heteróclisis bien formalizada, con las diferentes funciones que la autora le atribuye, o por el contrario no son sino casos concretos de la utilización en unos límites enormemente fluidos de diversos elementos formales, de entre los cuales, naturalmente, unos son más frecuentes que otros?

Pasemos a algún ejemplo concreto. La autora opina que la heteróclisis de estos elementos debió de jugar en etapas remotas del indoeuropeo un papel mucho más generalizado que el de la flexión heteróclita nominal. Así, habría servido para distinguir sustantivo de adjetivo (pp. 82, 89 y 123-24), y, dentro del sustantivo, masculino de femenino (pp. 82 y 88). Por otra parte, en el verbo habría sido utilizada en 3.^a de plural (*r/n[t]*) para oponer presente/pasado, o para expresar optativo/indicativo.

No creo que los datos de las lenguas indoeuropeas permitan deducir un uso indoeuropeo común de *-r* en la 3.^a de plural del optativo. El fenómeno, típicamente indo-iranio, tiene todos los visos de una innovación de este grupo que se ha producido por un mecanismo fácil de discernir. Téngase en cuenta que en indio antiguo *-r* sirve como 3.^a de plural también de determinados aoristos e incluso imperfectos. Pero todo ello, ateniéndonos a los datos de las restantes lenguas indoeuropeas, ha de considerarse igualmente innovación. Únicamente es en 3.^a de plural del perfecto donde la comparación permite establecer un uso común de *-r*. Si en sánscrito tiende *-r* a convertirse en una desinencia de 3.^a de plural secundaria es por haberse llegado a desplazar el perfecto indio a un pasado, situación que de ninguna manera podemos considerar indoeuropea.

Por otra parte, habría que añadir que, al margen de las consideraciones anteriores, dista mucho de ser evidente una «heteróclisis» en la presencia de *-n-* en la desinencia *-nt*, frente a la forma en *-r* del perfecto. Por el mismo procedimiento podríamos ver una heteróclisis *n/s* en las dos formas en que aparece la desinencia de 1.^a de plural (cf. griego *-μεν*, *-μες*, etc.).

Respecto a la heteróclisis que reclama la autora como procedimiento para expresar masculino/femenino con anterioridad a la difusión del morfema *-iā/i₂*,

se nos presentan muy pocos ejemplos: *pīvan-/pīvar-ī* (-*n* = masculino/-*r* = femenino); γέρων/γέραιρα, πέπων/πέπειρα; por otra parte ai. *pāti-/pātī-ī* en que la -*n* en lugar de caracterizar al masculino como en los ejemplos anteriores, caracteriza al femenino, mientras que el masculino aparece formalizado mediante -*i*.

Los ejemplos son tan escasos que poco permiten deducir. Por otra parte, sólo el caso de *pāti-/pātī-ī* presenta una cierta difusión dialectal. *Pīvan-/pīvar-ī* sólo se da en sánscrito y griego (πίων/πίειρα). El resto sólo está en griego. De tan famélicos indicios no resulta convincente inducir una «heteróclisis» viva para marcar la oposición masculino/femenino con anterioridad a la difusión de -*īā/-īz* como morfema de femenino.

Como decíamos más arriba, la indudable relación de estos elementos no exige el postular una sistematización tan rígida de heteróclisis perfectamente formalizada y con funciones bien establecidas, heteróclisis que por lo demás, ni en la obra de Benveniste ni en la presente de F. Bader acaba de quedar suficientemente definida ni en su naturaleza ni en su alcance.

Es meritorio el esfuerzo que hace la autora por explicar la escasez de temas en -*m* en la morfología indoeuropea (p. 112). El mecanismo fonético que plantea (neutralización de *m/n* en favor de /*n*/ en ciertas posiciones) puede explicar un cierto predominio de -*n* por neutralización en posición interior ante -*t*, sufijo de alta frecuencia. Ahora bien, ello no explica suficientemente la situación global del mencionado sufijo: precisamente subsiste su uso cuando va provisto de ulterior sufijación y no en cambio como sufijo último al que se añaden directamente las desinencias. Para que en tal posición fuera admisible su sustitución por -*n*, sería preciso que la neutralización de la oposición *m/n* en posición final tuviera carácter indoeuropeo. Ahora bien, lenguas como el latín o el sánscrito que mantienen la diferencia entre ambas nasales en dicha posición, indican que la neutralización ha sido reciente cuando se ha producido en lenguas como el griego o el hetita. No puede, en consecuencia, considerarse explicado por ese procedimiento la escasez de temas en -*m* en la morfología indoeuropea.

Si me he detenido en hacer algunas observaciones en la obra de F. Bader es porque se trata de un trabajo notable tanto por la valía de la autora, con la que en tantos puntos de sus anteriores trabajos me he encontrado de acuerdo, cuanto por la precisión y claridad de la presente obra.

F. VILLAR

LEJEUNE, M.—*L'anthroponymie osque*. Monographies linguistiques II. Paris, «Les Belles Lettres», 1976, 160 pp.

Sería presunción inútil intentar presentar a M. Lejeune, cuyas aportaciones a la lingüística antigua son hoy en día instrumento de trabajo diario para el especialista. Se trata esta obra, como no deja de destacar su autor, de un ensayo metodológico —y sin duda alguna así debe acoger el lector el trabajo del gran maestro francés que ofrece a su reflexión no sólo una monografía especializada sino también un modo de presentación y enfoque de un estudio lingüístico— que en nuestra opinión consigue un perfecto equilibrio por su bagaje histórico-filológico, si es que en realidad debemos hacer este tipo de distinciones.

Organiza M. Lejeune su libro en cinco capítulos divididos en párrafos de numeración continua, acompañados de tres apéndices y un índice. La primera parte viene dedicada a una introducción donde precisa los principios de su método y establece la diferenciación entre sistemática, estructuras de designación, y onomástica, estudio del material propiamente.

El capítulo segundo es la presentación del elenco de material de estudio en forma de repertorio, de acuerdo con una normativa que incluye no menos de nueve indicaciones, además de distinción tipográfica para la transcripción de los nombres, conforme a los cuatro alfabetos en los que nos ha sido transmitida la lengua osca. Son también nueve las categorías en que se divide el conjunto del material, estructurado de acuerdo con cargos públicos, oficios, estructura del nombre, soportes, etc.; y dentro de cada apartado con la procedencia geográfica del testimonio. El total de ejemplos, recogidos en una breve pero enjundiosa estadística, es de 291 correspondientes a 248 personas, lo cual da pábulo al autor para fijar con un rigor encomiable la limitación real de sus conclusiones.

La parte tercera del libro se dedica a la sistemática, según el concepto ya mencionado. A unos primeros párrafos de carácter histórico que recogen el cambio del tipo indoeuropeo de designación al tipo etrusco, sigue el estudio de la fórmula osca, distinguiendo como núcleo fundamental el *praenomen* y el gentilicio para incidir a continuación en la referencia patronímica ausente en casi un 50 por 100 de los ejemplos; cierra este apartado el análisis de la presencia ocasional de *cognomina*, su tipología, la distinción morfológica de la misma y su propio repertorio, terminando con un breve ensayo de estudio de la estructura de la designación femenina cuyo propio *corpus*, cuatro ejemplos, condiciona de forma insuperable los resultados. La sistemática concluye con una observación sobre la forma escrita y singularmente sobre la grafía defectiva, donde distingue entre «abrégements» y «abreviations» según haga defecto la parte final menor del nombre, normalmente el sector flexivo, o bien la reducción sea más grande hasta llegar a la sola letra inicial. Las distintas categorías presentan fenómenos de este tipo y los resultados estadísticos son especialmente ilustrativos y nos ponen de relieve el valor de la metodología usada con unos criterios que vienen ya siendo aplicados en otras ciencias donde la descripción estadística juega un papel cercano a las conclusiones.

El capítulo cuarto nos introduce en el estudio propiamente onomástico donde el análisis procederá en primer lugar a aislar las relaciones con el léxico, la derivación y el valor para la misma del sufijo **(i)io-*, así como la ausencia total de composición nominal. Quizás sean éstos los puntos donde la interpretación de M. Lejeune pueda llegar a sufrir alguna crítica sobre la base de distintas apreciaciones de los hechos morfológicos; sin embargo, el conjunto tiene una validez irrefutable, como la tiene, y más allá del campo propio del osco, su estudio sobre la geminación expresiva.

La segunda parte de este importante capítulo está dedicada a establecer el inventario de las diversas categorías de nombres que integran la designación osca y, de acuerdo con su método, a llegar a resultados por medio de la consideración estadística. Los *praenomina* recogidos suman un mínimo de 50 y, con una muestra parecida en número a la del osco, la onomástica latina presenta un contraste patente, lo cual ya es de por sí una caracterización. Sigue a este repertorio una crítica al artículo de G. Giacomelli (en *Archeologia. Scritti in onore di Aldo Neppi Modona*, 1975, pp. 339-351), sobre las siglas de los *praenomina* en las len-

guas de Italia donde, de conformidad con las distinciones hechas en relación con la grafía, insiste sobre la inseguridad de las lecturas. Por último, una consideración sobre la forma morfológica de los *praenomina* da paso a los gentilicios que son analizados y repertorizados siguiendo el modelo utilizado para los *praenomina*; morfológicamente comportan en un 90 por 100 de los casos el sufijo *(i)io- y presentan un tipo A, *-io- postconsonántico común a los *praenomina* y un tipo B *-iyo-, en la misma posición, cuyos porcentajes son respectivamente de un 30 y de un 70 por 100. No se descartan tampoco en el estudio de M. Lejeune los casos de origen extranjero.

El quinto y último capítulo es realmente sugerente para un latinista y versa sobre un punto difícil como es la romanización. En él se hace ver la conversión del sistema osco al latino, superponible en realidad, con la consiguiente latinización de la sufijación osca y el abandono de los *praenomina* indígenas frente a la pervivencia de ciertos gentilicios de los cuales nos da una lista de correspondencias, de lo cual viene a deducirse que las tres cuartas partes de los patronímicos oscos tienen su correspondiente latino en los epígrafes de los volúmenes del *CIL* de sus propias áreas.

Los apéndices están constituidos por unas concordancias con la numeración de Vetter, y por las referencias a otros textos, atendiendo a su publicación y zona de origen, y a los testimonios literarios, donde M. Lejeune mostrará sus reservas frente a la tradición manuscrita y a las latinizaciones.

En suma, pues, tenemos en nuestras manos un tratado onomástico que nos ofrece una buena lección de metodología aunque esta última comprometa quizás, por su propia intención explicitada del autor, en alguna medida su rápido manejo. Hubiera sido posiblemente muy útil o bien repetir o si no constituir un elenco final de los repertorios que facilitaría el uso de este libro de insustituible lectura para el latinista al que hará poner de nuevo ante la evidencia la necesidad de un trabajo de conjunto sobre la antroponimia latina que supere los periclitados, pero útiles, estudios ya clásicos e incorpore las aportaciones numerosas y recientes de los epigrafistas, así como los logros de los estudiosos de las lenguas itálicas y más aún si vienen de la mano de maestros como M. Lejeune. Una última observación: la presentación tipográfica y la calidad de la impresión y del papel nos devuelven a una tradición casi olvidada que hace honor al texto que contiene.

M. MAVER

LEUMANN-HOFMANN-SZANTYR.—*Lateinische Grammatik*, vol. I. M. LEUMANN.—*Lateinische Laut- und Formenlehre*. Handbuch der Altertumswissenschaft II 2, 1, Munich, C. H. Beck, 1977, XXVII + 681 pp.

Dentro de la continua renovación que sufre el *Handbuch d. Altertumswissenschaft*, resulta significativo que sea precisamente la gramática latina la que ha acusado más este fenómeno. Así desde la obra de Fr. Stolz hemos llegado a la edición de 1928 de M. Leumann y de ella pasamos a su reimpresión invariada en 1963 hasta llegar a la de 1977 que nos ocupa. Este hecho es índice claro del progreso de los estudios lingüísticos latinos que hacen sentir su empuje incluso dentro de este clásico manual que ha formado generaciones de latinistas, principalmente

en los países centroeuropeos. Si nos centramos en esta nueva edición de 1977; observaremos que M. Leumann nos continúa ofreciendo en esta refundición una muestra de lo que en realidad constituye su propia escuela: el neogramatismo de raíz brugmanniana, aunque evidentemente muy matizado por el conocimiento pormenorizado de las aportaciones posteriores. La reimpresión de 1963 si bien pudo cubrir la demanda que de este manual se hacía sentir, no cubrió de la misma manera, y posiblemente vino a agravar, un vacío que ya se dejaba entrever; el de una refundición del manual que, cuando menos, nos pusiera al día la bibliografía anclada entre las dos guerras europeas. Este sentimiento no fue tampoco ajeno a su autor cuyo conocimiento de los progresos lingüísticos nos patentizaban, entre otros indicios, sus constantes recensiones en *Glotta*; fruto de esta necesidad es, evidentemente, este volumen.

Podemos constatar a simple vista el aumento sustancial que ha experimentado esta nueva edición con sólo fijarnos en su grosor; ahora bien, hay que dejar muy claro, desde el principio, que, aunque se trata de una refundición, va mucho más allá de lo que en principio podría presumirse, puesto que nos presenta puntos de vista en muchos casos nuevos dentro del contexto de la obra. Esta duplicación del volumen afecta fundamentalmente, como ya indica el propio autor, a toda una serie de apartados principales que enumera al cabo de su introducción. Creemos, sin embargo, que no será ocioso detenernos en enumerar sumariamente aquellos en los que, en nuestra opinión, se denota un progreso positivo de mayor alcance dentro del aumento general. Un incremento notable, en primer lugar, es el que se observa en los párrafos correspondientes a acento y vocalismo y a aspectos de la flexión pronominal. La formación y derivación de las palabras ha sido sometida a un nuevo tratamiento que, a nuestro particular juicio, puede ser considerado perfectamente como uno de los logros de esta laboriosa refacción. El tema era francamente espinoso dado que su estudio ha sido objeto de un movimiento de vaivén desde Fr. Stolz, antecesor directo de los trabajos de M. Leumann, hasta esta última versión, donde se recoge lo esencial de los problemas que afectan a esta cuestión apartándose notoriamente de su primitiva redacción. Dentro del esfuerzo de clarificación que parece presidir la nueva presentación del manual, ha intentado el autor formalizar, dentro de los límites de la obra, algunos aspectos concretos especialmente aptos para ello, como es el caso de la evolución de los «sonidos» indoeuropeos, los derivados preposicionales del vocalismo del latín vulgar —dentro de los cánones más tradicionales— y el de los cambios vocálicos en sílaba medial, que resulta especialmente ilustrativo. La formalización de las declinaciones, si bien es igualmente útil, no es tan afortunada.

La morfología verbal está en esta edición evidentemente menos reelaborada, pero mantiene, por suerte, su eficaz estructura y sigue también el mismo tenor de renovación del conjunto de la obra por lo que se refiere a la bibliografía y acopio de aportaciones nuevas. Los párrafos 45-541 pueden ser en este caso ejemplos reveladores de la técnica seguida en la refundición de esta parte de la obra donde sin cambiar la doctrina introduce, sin embargo, la reforma necesaria sin dejar por ello de mantener un carácter de complementariedad respecto a la anterior edición, característica esta que es patente además en muchas otras partes de este manual, quizás inscribiéndose en la línea de lo que ya parece ser una tradición en la sustitución de los volúmenes del *Handbuch d. Altertumswissenschaft*.

Resulta siempre difícil erigirse en juez ante una obra clásica, y clásica continúa siendo por más de un motivo la refundición que ahora nos ocupa. Nos limi-

taremos, por consiguiente, a considerar nuestras posibles críticas más como *desiderata* que como objeciones. El lector hispano, quizá especialmente sensible ante algunos temas, notará inmediatamente que aunque el autor conoce el problema de las laringales, del que da un cierto volumen de información (párrafo 33), sin embargo, su aplicación no es la consecuencia que cabría esperar del mismo, aún a título puramente informativo, dando la impresión de rehuir el problema o, más posiblemente, parece adoptar una postura que no es inhabitual en algunos de los lingüistas al considerar estos problemas más como integrantes de la prehistoria del latín que como elementos de la propia evolución histórica de la lengua a la que dedican concretamente su atención. Puede advertirse también una cierta incoherencia en el desarrollo de algunas cuestiones, tal es el caso de la aparente contradicción que se observa entre el inventario de fonemas indoeuropeos, constituido a partir de Brugmann (párrafo 25) y el cuadro subsiguiente (párrafo 27) referente a la productividad de estos «sonidos» en las correspondientes lenguas indoeuropeas, bien que pueda argumentarse que el autor refleja parcialmente en este caso el sistema fonológico de W. R. Lehmann, llegando a una solución de compromiso que no queda suficientemente especificada en la teoría. Un criterio económico puede justificar, por otra parte, la no inclusión en el segundo cuadro (párrafo 27) de las sordas aspiradas, de cuyo escaso rendimiento ya se había hecho eco en el párrafo 124 de la edición de 1928. Más extraño, si ha adoptado el criterio anterior, resulta el hecho de que mantenga, aunque con reservas, la tripartición del K. Brugmann respecto de las velares, después de la crítica de algunos indoeuropeístas (V. I. Georgiev, entre ellos); nos hallamos, seguramente, ante el reflejo de la posición de compromiso adoptada, a la que ya nos habíamos referido que le ha impedido llegar a conclusiones semejantes a las alcanzadas, por ejemplo, por M. Lejeune (*Phonétique historique du Mycénien et du Grec ancien*) y F. R. Adrados (*Lingüística indoeuropea*), quienes reafirman la productividad exclusiva de las velares frente a la de las palatales en la que insiste todavía M. Leumann. Respecto a la flexión pronominal podríamos decir que se recoge la complejidad que presenta hoy en día este tipo de estudios, por más que sea clara la evolución desde sus posiciones anteriores, en especial en el tratamiento de los relativos indefinidos y de los deicticos, todo ello, sin embargo, perfectamente explicable desde el punto de vista adoptado para el conjunto del manual.

No vamos a entrar en el aspecto bibliográfico más que en lo que se refiere a las aportaciones españolas, aunque es evidente que en su conjunto constituye por su detallismo una actualización indispensable incluso de manuales bibliográficos especializados como el de J. Cousin. Resulta agradable observar cómo lentamente se van incorporando a los manuales europeos los estudios hispanos, así en el que nos ocupa están presentes trabajos de A. Pariente, de F. Rodríguez Adrados, de A. Tovar y de M. Ruipérez, aunque no son en modo alguno compensadas por este hecho las ausencias. No figuran en la bibliografía general manuales de utilidad indiscutible como de los de M. Bassols y J. Molina, del cual falta también su aportación al estudio de los pronombres; tampoco están presentes estudios como el de F. R. Adrados sobre el verbo indoeuropeo, fundamental para el verbo itálico y el tratamiento de las desinencias verbales.

Con todo, no creemos que hubiera sido este el momento de enmendar la plana al ilustre maestro sino de felicitarlos. Su obra ha cumplido y cumple un cometido importantísimo y cubre las necesidades de aquellos que a ella se aproximarán por cuanto ha satisfecho lo que de ella y su orientación se esperaba, superando

con creces las esperanzas más halagüeñas al incluir en un rasgo de integridad científica incluso aquellos aspectos que representan tendencias innovadoras respecto al contenido de la obra. El autor con ello se atrevió a arrostrar las críticas que este excelente libro pudiera recibir por cuanto este nuevo aspecto quizá represente el rompimiento respecto a una tradición de la que la obra es digna continuadora.

M. Leumann ha saldado, meses antes de su muerte, una deuda que tenía contraída con la lingüística latina y ha hecho que una vez más los latinistas debamos sentirnos obligados para con él y su memoria por el valor y entereza que representa la reelaboración definitiva de su clásico tratado que continuará sirviendo de cantera renovada para nuestros estudios por su abundante documentación teórica y de testimonios.

V. BEJARANO-M. MAVER

PERUZZI, EMILIO.—*Origini di Roma. II. Le lettere*. Bologna, Patron Editore, 1973, 212 pp. + XVI láms.

El nuevo volumen de esta obra comprende ocho capítulos que tratan diferentes aspectos de las influencias griegas en la Roma primitiva. La actitud de Peruzzi está explicada con la cita que hace (p. 206) de un libro inglés ya más que centenario sobre los reyes de Roma: «Neither labour nor expense is spared in endeavouring to rescue from oblivion the smallest material relic of antiquity; a statue, a picture, a gem, or even the meanest implement of household use; yet in what regards the traditions of ancient times, we appear to pursue an entirely opposite course.» También alega Peruzzi a continuación un pasaje del novelista Walter Scott: «We talk of a credulous vulgar, without always recollecting that there is a vulgar incredulity, which, in historical matters, as well as in those of religion, finds it easier to doubt than to examine...» Ya vimos en la reseña del primer volumen (*Emerita* 40, 1972, pp. 248-250) que el autor se había propuesto analizar antiguas tradiciones, no comenzando por rechazarlas sin más, como es uso de la historia crítica de nuestra época.

Así el primer capítulo de este volumen comenta el pasaje de Plutarco en el que Remo le cuenta a Numitor que la barca en que él y Rómulo fueron expuestos junto al Tíber tenía grabadas ciertas letras misteriosas. También habla la tradición, en varios testimonios, de que los gemelos fueron educados en las letras, y Peruzzi busca apoyar la credibilidad de esta tradición, incluso cuando localiza en Gabii la asistencia de Rómulo y Remo a la escuela, pues de tal ciudad consta su relación con los griegos de Arcadia y de otras regiones.

En esta tradición busca sostener la derivación de *littera* de la palabra griega διφθέρα, etimología ya defendida por M. Bréal, y antes por L. Ross en 1853. Peruzzi acumula con gran erudición argumentos en favor, acude a las objeciones que podrían hacerse desde el punto de vista fonético y recuerda el funcionario que las tablillas de Pilo llaman *di-ple-ra-po-ro*.

Para esta explicación, y otras, tan erudita e ingeniosamente defendidas como poco seguras, insiste Peruzzi en la importancia de la famosa inscripción de Ischia, que él sitúa resueltamente en un ambiente en el que, como otras inscripciones

menores prueban, florecía la escritura y era corriente ya «nella seconda metà del sec. VIII». Señala la soltura y seguridad con que está escrita la inscripción de Ischia de la copa de Néstor, lo que asegura incluso el uso de la escritura en literatura. Peruzzi insiste en que en Ischia se ha encontrado «quizá la más antigua inscripción griega conocida hasta ahora»: el fragmento de Lacco Ameno, en el que la alfa aparece aún con el tipo fenicio que se ve en el Dipylon, por lo que sería más antiguo que la famosa citada inscripción de la copa de Néstor. Tendríamos así la prueba de una colonización más antigua que la de Cumas. Y todo ello apoyaría la verosimilitud de esas tradiciones que hablan de escuela griega en Gabii ya en el segundo cuarto del siglo VIII, en la infancia de Rómulo.

En el mismo ambiente se sitúa la posibilidad de explicar *elementum* de una forma latina primitiva **elepantus* tomada del genitivo griego. Las peculiaridades de la forma latina se explicarían por ser una voz culta, transmitida fuera de la tradición popular que hubiera impuesto, por ejemplo, la debilitación de la vocal, y que como objeto ha llegado arqueológicamente a nuestras manos en las tablillas de marfil de las que es ejemplo insigne la hallada en la necrópolis etrusca de Marsigliana d'Albegna. Es esta una tablilla, una δέλτος, que se puede pensar, dado su carácter lujoso, no estaba destinada al aprendizaje de un niño, sino que era, piensa Peruzzi, el modelo de un maestro en aquellos tiempos en que se divulgaba por primera vez la escritura griega.

Peruzzi busca apoyar estas ideas con etimologías: *stilus* < στῦλος, *cera* < κηρός (con un plural neutro, que explica el cambio de declinación), *lego* < λέγω, que en Demóstenes vemos significa lo mismo cuando al dirigirse al asistente le ordena: λέγε τὸν λόγον.

Un segundo capítulo trata de las armas griegas, en el manejo de las cuales, nos dice igualmente Plutarco, se adiestraron Rómulo y Remo. Los romanos de origen albano, es decir, no sabino, usaban el escudo redondo de origen argivo, ἀσπίς, pero Rómulo adoptó el escudo largo, θυρεός, de los sabinos, al comprobar que era 'mejor. Peruzzi persigue en el arte figurativa los ecos de esta tradición literaria, y propone de nuevo etimologías para probar la adopción de armas griegas. Así sería *scutum* < σκῦτον y *lorica* < ὄραξ.

La tradición, en este caso un texto de Dionisio de Halicarnaso, habla, como también Plutarco, de una inscripción en letras griegas que Rómulo se dedicó a sí mismo tras una victoria. Encuentra Peruzzi huella de tal hecho en *corona* < κωρώνη, pues Rómulo se hizo representar mientras le coronaba la Victoria.

También en un capítulo sobre la tregua de Rómulo con la ciudad de Veii apoya Peruzzi la tradición, que habla de acuerdos inscritos en estelas, contra el escepticismo de los historiadores modernos.

Los libros de Numa que se nos cuentan fueron descubiertos en 181 a. C., en plena edad de escritores de Anales en Roma, le parecen a Peruzzi auténticos. Filológicamente estudia la información excelente que nos ha llegado del hallazgo, e interpreta el *philyra* de los textos no como *liber* o corteza de tilo, sino como papiro, que ya estaría en uso en Italia en la época de Numa, y que se habría llamado **libros* < βίβλος.

El catastro de Numa es otro capítulo en el que Peruzzi estudia la antigüedad de la escritura en Roma. El texto de Dionisio en que se nos cuenta que el rey puso unos inspectores de los campos que los inscribían y daban cuenta de ellos, halla una confirmación en las tablillas micénicas en que el funcionario de Pilos veía e inspeccionaba el campo.

De los análisis de las expresiones *exscripta exsignataque* deduce Peruzzi que Numa debió de disponer que se entregaran copias debidamente autenticadas de los documentos de carácter religioso que regulaban los ritos. Estos, lo mismo que los anales pontificales, de que se trata en el último capítulo, son otra prueba de la importancia y extensión de la escritura en los más primitivos tiempos de la ciudad de Roma. En la *tabula dealbata* que el pontífice escribía para informar al pueblo de los acontecimientos importantes tenemos la demostración de que la gente leía desde tiempos primitivos.

La influencia griega en Roma comienza, pues, mucho antes de lo que se suele admitir, y el autor de este libro ha ido buscándola en la tradición literaria que encuentra apoyo en la arqueología. Quizá algunas de las etimologías no encontrarán aceptación general, pero en conjunto la tesis de que en la tradición historiográfica antigua hay muchos más elementos dignos de fe que los que la crítica histórica desde hace siglo y medio admite, se abrirá camino.

A. TOVAR

MORTUREUX, B.—*Recherches sur le 'De Clementia' de Sénèque. Vocabulaire et composition.* Col. Latomus, vol. 128. Bruxelles, Société d'Etudes Latines, 1973, 88 pp.

Se trata de la parte principal de la tesis de tercer grado, defendida por el A. en La Sorbona, en 1969. Es un trabajo en dependencia del vol. de 'Concordancias' correspondiente a este tratado en la serie dirigida por P. Grimal: el examen de co-ocurrencias ha dado lugar a un estudio de la asociación de vocablos y de la distribución de las imágenes, que desemboca en un nuevo esquema de la estructura del tratado y en una interpretación de su significación.

Casi la totalidad de la obra se ocupa del L. I del *De Clementia*, reservándose para la parte conservada del L. II un Apéndice. Está dividida en tres capítulos: estudia M. en el primero lo que él llama «ensembles couplés»; el segundo se dedica a los pasajes intermedios; el tercero da, como conclusión, el esquema de composición del tratado.

El capítulo tercero constituye, a mi entender, el núcleo de la obra: el análisis que se hace aquí tiende a mostrar la distinción de dos partes que difieren por el contenido y por la forma de expresión: la primera, que se mueve en el terreno de los principios, en la que S. se sirve de imágenes y comparaciones *maiores*; la segunda, en la que se pasa al plano de la práctica, y se describen detalladamente las conductas, sirviéndose de *exempla minora*. Dicho de otro modo: la primera parte se sitúa en el plano del *ius*, versa sobre lo *honestum* y utiliza *argumenta propria*; la segunda, se sitúa en el plano de la *aequitas*, mira a la adecuación a la naturaleza de las cosas —*secundum natura*—, y se sirve de *argumenta communia*. Otra idea se encabalga aún sobre este esquema: el carácter positivo del razonamiento en la primera parte —elogio de la clemencia—, frente al razonamiento negativo de la segunda.

El A. se muestra fiel discípulo de Grimal en su método de investigación y en el peso que en su interpretación tienen las opiniones del maestro. Sus conclusiones atienden a distintos niveles: a) Uso del vocabulario: deja claro que no es

—como demasiadas veces se ha dicho— aproximativo, sino de una precisión rigurosa; *b*) Composición del tratado: difiere del esquema trazado por Lz.-Kindler (EMERITA 34, 1966, pp. 39-60); la estructura bipartita del L. I no está tomada de los esquemas de la Retórica, sino de la filosofía estoica; *c*) Interpretación de la obra: no es un escrito de circunstancias, sino el ambicioso proyecto de trazar las líneas maestras de la ideología del Principado.

La nitidez de la exposición queda nublada, a veces, con disquisiciones en las que el A. comenta otros pasajes distintos del estudiado en ese momento (vid., por ejemplo, las alusiones al capítulo tercero, p. 22); tipográficamente es poco clara la forma en que presenta el paralelo del capítulo primero; por lo que atañe a las instituciones el A. cita una bibliografía algo anticuada.

Son interesantes las observaciones respecto al acercamiento entre la obra estudiada y las estructuras propias de la obra poética. También en esto sería Virgilio el modelo. Esta perspectiva supone una extensión al terreno de la estructura de la obra literaria de una realidad conocida desde Norden a nivel de lengua: la interpenetración de poesía y prosa en época postclásica.

CARMEN CASTILLO

FRIDH, A.—*L'emploi causal de la conjonction ut en latin tardif*. Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, XXXV, Göteborg, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1977, 70 pp.

Esta breve monografía se ocupa de un tema muy concreto —el empleo causal de la conjunción *ut*—, pero de un período no tan concreto —el latín tardío—. Los puntos fundamentales que aquí se abordan son tres: 1) proposiciones causales y proposiciones finales; 2) *ut* causal detrás de una interrogación o una exclamación; 3) empleo amplio de *ut*. Todo ello referido al período del latín tardío. Dada la amplitud de la época considerada, el autor no estudia —ni puede estudiar— todos los autores ni todos los textos. Hace, pues, una selección, tanto de autores como de textos.

El resultado de su investigación puede sintetizarse en los siguientes puntos. Los procesos psicológicos que han influido en el uso causal de *ut* son de origen muy diverso según los distintos géneros de expresión. Se constata, por una parte, un influjo semítico a través de las traducciones latinas de la Biblia. Existe, por otra parte, un punto de partida en la propia lengua latina para este nuevo uso en numerosos casos. Los géneros de expresión en que se emplea *ut* con valor causal en la época tardía no son muy numerosos y según el autor pueden delimitarse con suficiente claridad. *Ut* no se ha convertido nunca en una conjunción causal en el sentido de que pueda utilizarse siempre en las mismas circunstancias y bajo las mismas condiciones que *quod*, *quia*, *quoniam*.

El tema que aquí se estudia nos parece, en general, muy sutil y demasiado complejo para que pueda llegarse con seguridad a conclusiones convincentes. Creemos que en muchos casos las interpretaciones del autor admiten soluciones distintas de las que aquí se propugnan. Todo el problema radica en la dificultad de delimitar fronteras bien definidas entre las proposiciones completivas, finales y consecutivas introducidas por *ut*. El autor, desde luego, no establece normas

de orientación en la sintaxis de *ut* con subjuntivo, y lo que él llama *ut* causal puede interpretarse igualmente como *ut* final, consecutivo e incluso completivo. Todo depende del contexto, y en muchos casos el sentido puede ser igualmente aceptable.

O. GARCÍA DE LA FUENTE

CHARPIN, F.—*L'idée de phrase grammaticale et son expression en latin*. Tesis de la Universidad de París IV. París, Honoré Champion, 1977, 777 pp.

Como ya indica el título, se plantean en este estudio tanto el concepto de frase entre los latinos, como la misma realidad de tal unidad en la lengua del Lacio.

Para ello se comienza con un estudio semántico de los distintos términos que en la lengua latina hacen referencia a lo que hoy entendemos por frase gramatical.

En una segunda parte se estudia la frase como unidad prosódica, atendiendo a factores como las pausas, la entonación, la cantidad silábica, etc., y sobre todo el acento, acerca de cuyos módulos de distribución se realiza un minucioso análisis estadístico sobre textos de Plauto, César, Cicerón y San Agustín.

Viene luego un estudio (también de base estadística y sobre los textos antes mencionados) del orden de las palabras en la frase y de la distribución en ella de sus distintos componentes.

La última parte está destinada a estudiar la noción de frase gramatical, lo cual lleva al autor a analizar la actitud de los latinos ante la gramática y ante el lenguaje en general, concluyendo que entre ellos el concepto de frase, en cuanto tal, no existe, por concebir el acto de hablar como una transcripción del mundo: de esta forma el arte de agrupar las palabras viene «condicionado por las cosas y no es considerado como la función fundamental del gramático».

Acompañan a la obra, además de abundantes notas y bibliografía, un apéndice, en que se muestran los resultados de una experiencia realizada con ordenador para estudiar el reparto de los acentos de palabra en el habla latina, y un *Index Verborum*.

J. LUQUE MORENO

DAHLÉN, ERIC.—*Remarques syntaxiques sur certains verbes pronominaux en latin et en langues romanes*. Studia Graeca et Latina Gothoburgensia XXXVII. Göteborg, Acta Universitatis Gothoburgensis, 1977, IX + 58 pp.

Opúsculo constituido por valiosas precisiones y adiciones a la que fue tesis doctoral del autor (*Études syntaxiques sur les pronoms réfléchis pléonastiques en latin*, núm. XIX de la misma colección, *ibid.*, 1967), referidas al origen y desarrollo —generalmente en latín tardío; en algunos casos con precedentes o análogos en arcaico y clásico— de construcciones reflexivas (< lat. *se*) y otras pronominales (< lat. *sibi*) en el propio latín tardío y en las lenguas románicas, especialmente,

el francés; en menor medida, el italiano y el castellano; esporádicamente, el provenzal, el rumano y el portugués. Para la justificación de los motivos que las han originado, D. presta atención también a la comparación con lenguas germánicas; en los casos —frecuentes— del latín cristiano, a la con el griego y el hebreo.

La documentación de estas construcciones en latín tardío es particularmente abundante y, en general, se las matiza con penetración y acierto. Modifica ahora D. sus anteriores apreciaciones sobre cast. *venirse* y análogos en otras lenguas románicas: después de reconocer que no halla ningún caso de construcción pronominal de *uenire* atestiguado en textos latinos, renuncia a reconocer relación alguna genética entre las aludidas construcciones y *se aduentare*, y, partiendo de la posibilidad de que *uenire* —ya en latín clásico— se emplee como sinónimo de *ire*, propone explicar los giros románicos aludidos como desarrollos analógicos de las construcciones pronominales con *ir* y sus correspondientes. En cambio, se ratifica en sus precedentes razonamientos acerca de la motivación de *se urgere* y *sibi fugere*.

No deja de atender D. a los valores aspectuales adquiridos por algunas de estas construcciones pronominales (así, en sus pp. 29-32), pero probablemente en menor escala de lo que hubiera sido aconsejable (cf., por ejemplo, pp. 20-21), donde parece claro que hubiera debido señalarse a propósito de los sentidos 'desaparecer' y 'pasearse' entre los derivados de *sibi uagari*: en el primero, se observa ya alcanzado el típico aspecto puntual en que han desembocado bastantes de estas construcciones; el segundo parece indiferente todavía a la noción aspectual. Algo parecido habría podido anotarse a propósito del sentido puntual adquirido en varias lenguas romances por los giros que en ellas continúan *sibi fugere*, *se uadere* y *se firmare* (pp. 13, 27-28 y 35-36).

De distinta índole es una última observación que cabe formular a propósito de la pronominalización de *plicare* como verbo resultativo de movimiento. D. se inclina por la admisión de la elipsis de 'tiendas' para el sentido ingresivo 'partir' del rumano *plecă*. En cambio, para el resultativo 'llegar' de este verbo cast. y análogos, sólo se basa en el de 'abordar' que ya en el lenguaje técnico marino de época clásica sostiene que tenía el compuesto *applicare*. No que sea imposible esta motivación, ni siquiera infundada —ahí está el valenc. *aplegar* = 'llegar' para apoyarla—; pero parece que otras explicaciones —tanto la «clásica» por elipsis de *uella* también en lenguaje de marinos, como especialmente la que supone un proceso paralelo al de *iungere* hasta el it. *giungere* 'llegar' (cf. Norberg, *Syntaktische Forschungen*, Uppsala, 1943, p. 179), que tiene la ventaja de resultar simétrica de la que, también a través de una construcción pronominal, llevó desde *partire* a *partir* 'salir'— merecían ser mencionadas, si más no, para descartarlas. Máxime cuando, por lo general, no deja D. de tener en cuenta opiniones discrepantes, aun en casos cuya «etimología» no ha alcanzado tanta celebridad.

S. MARINER

ADRADOS, F. R., GANGUTIA, E., LÓPEZ FACAL, J., SERRANO AYBAR, C.—*Introducción a la lexicografía griega*. Madrid, C. S. I. C. Instituto «A. de Nebrija». (Manuales y anejos de «Emerita», XXXIII), 1977, X + 280 pp.

Este colectivo que reseñamos, según se nos dice en el prólogo, surgió como una necesidad teórica y programática concebida al hilo de la redacción del gran Diccionario Griego-Español (*DGE*) que los autores del mismo, junto con un grupo de colaboradores, tienen en marcha en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C. S. I. C.) de Madrid. Efectivamente, en la bibliografía de nuestros estudios no existe un intento similar de sistematización y exposición pormenorizadas de la apretada problemática histórica y teórica que la lexicografía griega comporta. El producto, tal como se nos ofrece, resulta ser un coherente manual introductorio destinado a convertirse en un imprescindible libro de cabecera para quienes se adentren en la lexicografía, un dominio lingüístico que en los últimos lustros ha ascendido a categoría científica frente a la estimación de pura técnica virtuosista y erudita en que permaneciera hasta mediados de nuestro siglo. El libro se articula en las tres partes que a continuación describimos.

La primera parte («Bases históricas de la Lexicografía griega») está integrada por tres largos capítulos en los que, sucesivamente, E. Gangutia, C. Serrano y J. López Facal se ocupan de historiar las teorías semánticas en la Antigüedad (pp. 2-60), la lexicografía griega antigua y medieval (pp. 61-106) y la lexicografía griega moderna (pp. 107-142). Los datos históricos que poseemos de cada uno de estos tres estadios condicionan sobremanera el tratamiento bien diferenciado de los mismos. E. Gangutia, a través de un ponderado planteamiento reflexivo, extrae los testimonios implícitos en el hecho de la escritura practicada de uno u otro modo (las variantes pictográficas, logográficas, silábicas y fonéticas, cada una a su manera, implican diversos niveles de análisis lingüístico), evalúa la lingüística práctica de los primeros diccionarios bilingües del mundo anatolio, y revisa con rigor y sistema el rico arsenal de datos relativos al significado que jalonan la lingüística india antigua y toda la trayectoria de las reflexiones griegas sobre el lenguaje (incluida su prolongación en Roma y en la patristica griega y latina). Esta contribución es un digno colofón a anteriores trabajos de la autora, tales como los dedicados a las ideas lingüísticas de Eurípides, a los comienzos del análisis en unidades lingüísticas o al campo semántico Vida/Muerte de Homero a Platón. El capítulo de C. Serrano Aybar sobre la historia de la lexicografía griega antigua y medieval se mueve irremediabilmente en el terreno de las abundantes noticias transmitidas por los gramáticos y escoliastas. Con todo, a pesar de las limitaciones impuestas por la propia naturaleza fragmentaria de los materiales, la autora, en apretada síntesis, logra poner un orden claro y preciso en el bosque de datos atesorado por tratamientos como los de Reitzenstein (*Geschichte der griechischen Etymologica*, Leipzig, 1897) y K. Latte («Glossographica», *Philologus* 80, 1925); los párrafos dedicados a los primeros glosógrafos (pp. 63-67) y a la baja edad media (con su stemma de los *Etymologica*, p. 104) ilustran sobradamente nuestra afirmación. Las frecuentes referencias bibliográficas a pie de página demuestran un perfecto manejo de las ediciones y reediciones más modernas. J. López Facal pone punto final a esta primera parte del libro con una amenísima historia de la lexicografía griega moderna. En ella seguimos básicamente el vaivén de la disciplina desde los primeros diccionarios impresos (32 entre 1478 y 1568) hasta el *TLG* (*Thesaurus Linguae Graecae*),

que, desde el año 1972, se viene elaborando en la Universidad de Irvine, California, bajo la dirección del profesor Theodore F. Brunner y con la ayuda de uno de los más espectaculares hallazgos de nuestro siglo, la cibernética. Asistimos en estas casi cuarenta páginas de López Facal a la descripción de un proceso en el que la tradición lexicográfica de los tiempos modernos es enriquecida constantemente por las aportaciones de la lexicografía particular. Podríamos afirmar que cada nuevo intento de redacción de un diccionario general (Passow, Liddell-Scott, Bailly, L. S. J., *DGE*) se asienta sobre los logros de los previos diccionarios especiales (de autor, género literario, etimológicos, de realia, etc.), y constituye, al desbordarlos, un acicate para nuevas tareas más especializadas.

En la segunda parte del libro («Los diccionarios griegos: panorama general y problemática»), J. L. Facal y F. R. Adrados se distribuyen, mitad por mitad, la exposición de ocho densos capítulos, en los que sin fatiga avanzamos desde una tipología de los diccionarios (c. 1, pp. 145-150) hasta los problemas prácticos que plantea un diccionario griego (c. 8, pp. 217-228). El panorama de los estadios intermedios abarca la problemática relativa a los diccionarios de autor (c. 2, pp. 151-159), diccionarios de papiros (c. 3, pp. 161-167), léxico de inscripciones y dialectal (c. 4, pp. 169-183), micénico (c. 5, pp. 185-196), etimología (c. 6, pp. 197-207) y ordenadores y lexicografía griega (c. 7, pp. 209-215). Cada uno de estos capítulos aglutina de un modo comprensible los aspectos históricos adelantados en la primera parte del libro con el estado actual y los *desiderata* requeridos por cada cuestión. Los problemas límite hacen ver que es muy elevado el número de opciones en que han de tomar partido los redactores de un nuevo diccionario general que pretenda suponer un avance sobre los anteriores. Y es precisamente en los dominios del micénico y de la etimología donde las opciones están más matizadas dentro del *DGE*. Encontraremos en este diccionario general, por primera vez, una referencia sistemática al léxico micénico, si bien habremos de acudir para su comprobación a la obra autónoma elaborada por Francisco Aura Jorro. Los aspectos etimológicos, registrados también sistemáticamente, se verán beneficiados en el *DGE* por la incorporación de los puntos de vista latentes en los últimos diccionarios del género (Hofmann, Frisk, Chantraine, Pokorny, etc.) así como por los últimos avances en el estudio de los substratos y préstamos y de la teoría laringal aplicada a las lenguas indoeuropeas (tal como la han practicado, entre otros, F. R. Adrados, F. Villar y A. Bernabé).

Tras la descripción en el capítulo final de la segunda parte de los problemas prácticos o formales (grafía, gramática, lemas, prosodia) inherentes a la redacción de un diccionario griego y de la forma de solventarlos en el *DGE*, F. R. Adrados nos ofrece en la tercera parte del libro un tratamiento en profundidad de las vicisitudes básicas en que ha de moverse el lexicógrafo. En el capítulo primero (pp. 231-258) son expuestos los fundamentos teóricos que la lingüística general puede aportar para una renovación de las tareas lexicográficas. Así, habremos de partir de la palabra como unidad lingüística, y, sin prescindir del establecimiento de su significado en relación con otras unidades inferiores y superiores, llegar a la determinación del auténtico significado semántico o «lexical». Este significado podrá ser captado más nitidamente si se tiene en cuenta la consideración paradigmática que introduce en la lengua el estudio de las palabras a base de campos semánticos. Finalmente, la formalización de los significados se beneficiará muchísimo atendiendo a las clases y subclases de palabras que condicionan la distribución contextual de una palabra dada. Las reflexiones teóricas

anteriores sirven a F. R. Adrados para perfilar (en el segundo y último capítulo de esta tercera parte, pp. 259-280) con ejemplos prácticos los criterios seguidos y a seguir, en la organización de los artículos del diccionario. Aunque los problemas abundan en todo análisis semántico, las soluciones suelen ser eficaces cuando, como en este caso, logran introducir unos criterios racionales de ordenación en la presentación de los materiales. Pero hay que afirmar desde muy pronto que esta eficacia —con o sin la utilización de la traducción como método de formalización— surge de que la jerarquización de los significados y su plasmación concreta, a base de letras, números y demás recursos, no es fruto de la aplicación de criterios apriorísticos. En una palabra, lo que hace que el *DGE* merezca el calificativo de científico radica precisamente en la escrupulosidad con que son aplicados los mecanismos del método inductivo. La teoría semántica se convierte así en una culminación del proceso de análisis y no en el corsé que tantas veces falsea los hechos.

El aparato bibliográfico de este manual se verá completado con la aparición autónoma de un volumen que recogerá, según se nos anuncia en el prólogo, una bibliografía de la Lexicografía griega (obras complexivas y de palabras ordenadas alfabéticamente) y un suplemento al *Repertorium Lexicographicum Graecum* de H. y B. Riesenfeld (Uppsala, 1954).

A. MARTÍNEZ DÍEZ

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

SUMNER, G. V.—*The Orators in Cicero's Brutus. Prosopography and Chronology*. University of Toronto Press, 1973, X + 197 pp.

El trabajo realizado por Sumner es exponente del vigor que los estudios clásicos tienen hoy en la Universidad de Toronto, cuyo órgano habitual de expresión es la revista *Phoenix*; esta obra —incluida en la serie de monografías editadas por la revista como «Supplementary Volumes»— sirve a un doble fin: la investigación prosopográfica y la averiguación de la estructura cronológica del *Brutus*. Se explica así que haya despertado el interés de prosopógrafos de la talla de Broughton (*Phoenix*, 1976, pp. 89-91) y Wiseman (*JRS*, 1975, p. 198), y —por otra parte— de ilustres filólogos y especialistas en estudios ciceronianos: Malcovati (*Athenaeum*, 1974, pp. 401-403), Grimal (*REL*, 1974, pp. 486-488) y Schacleton-Bailey (*AJPh*, 1975, pp. 332-334).

Tres cuartas partes del libro están dedicadas al estudio prosopográfico de los oradores citados en el *Brutus*: contiene un registro de nombres, por orden de aparición en el diálogo, y un comentario, cuidadosamente elaborado, en el que se discute la cronología de la carrera política de estos oradores, muchos de ellos primeras figuras de la vida pública romana, y se procura establecer la fecha de su nacimiento. El comentario de Sumner supone en muchos casos un avance sobre el conocido trabajo de Broughton, que —como es lógico— le sirve de base principal.

La controversia entre Douglas y Badian en torno a la estructura cronológica del *Brutus* es el punto de partida que dio origen al estudio de Sumner. Tras la fijación de fechas conseguida en el comentario prosopográfico, está el A. en condiciones de extraer su propia conclusión, que resulta ser un punto medio entre aquéllos: el orden cronológico seguido por Cicerón no es ni tan estricto como pensó Douglas, ni tan vago como supone Badian; se basa: *a*) en la fecha de nacimiento cuando es conocida; *b*) en las deducciones que al propio Cicerón le permiten hacer las fechas de la carrera pública de sus oradores.

A lo largo del último capítulo, Badian pone al lector en situación de observar —«Cicero at work»— el método de trabajo seguido por Cicerón, al que 've' calcular intervalos legales y edades adecuadas en el intento de fijar —como cualquier prosopógrafo de nuestros días— la probable fecha de nacimiento de su personaje.

El estudio de Sumner tiene rango de obra maestra.

CARMEN CASTILLO

WILLE, GÜNTHER.—*Der Aufbau des Livianischen Geschichtswerks*. Heuremata, Studien zu Literatur, Sprachen und Kultur der Antike, herausgegeben von G. Wille. Band 1. Amsterdam, Verlag B. R. Grüner bv., 1973. 124 pp.

Esta monografía, que el autor presenta caligrafiada por él mismo en unos pocos días de vacaciones de verano, prefigurando quizá lo que la evolución social va a hacer necesario (si no queremos que nuestros trabajos salgan, como va ocurriendo cada vez más, con años de retraso), es un ensayo de análisis y reconstrucción de la obra entera del historiador Tito Livio.

La construcción de la gigantesca obra con sus 142 libros ha preocupado últimamente a varios estudiosos sobre cuyos trabajos nos informa Wille: R. Syme, P. G. Walsh, E. Burck y sus discípulos, más recientemente Ph. A. Stadter, han investigado, sobre las huellas de H. Nissen, E. Wölfflin y A. Klotz, las líneas generales del *Ab urbe condita*. Wille ha dedicado desde hace años su atención al problema y ha estimulado a alguno de sus discípulos para que se ocuparan de aspectos parciales de él. Nos ofrece ahora el resultado de su trabajo con la tesis de que la obra de Livio ha de ser analizada en grupos de 15 libros. Según él, el gran historiador no construyó en décadas su narración histórica, sino en grupos de cinco libros, que a su vez se articulan en tríadas. La prueba la busca Wille en unas leyes de composición que se trazó el historiador para distribuir así sus temas y agrupar los sucesos.

La clave la halla Wille en el prefacio del libro XXXI, único punto de la parte conservada en que tenemos la sutura de dos pentekaidécadas. La favorable circunstancia de que tengamos toda la continuación, hasta el libro XLV, permite al autor concentrar aquí su examen y sus pruebas. Cronológicamente comprende esta segunda pentekaidécada de la obra el período de tiempo entre 201 y 167 a. C. y en la mente del narrador está dominada por el choque de Roma con Macedonia. El análisis de estos 15 libros en sus tres péntadas permite asegurar a Wille su idea de la arquitectura de la obra. Livio siguió un orden en el que con clásica simetría distribuye los altibajos de la guerras.

A la luz de la distribución de esta serie de 15 libros que podemos leer, analiza luego Wille una conocida sólo en parte, la de los libros XVI a XXX, carente de los cinco primeros. Debió comenzar por la narración del *origo Carthaginiensium*, simétrica con la de los orígenes de Roma que comienza el libro I, y en ella busca Wille la composición artística con su simetría de prósperos y diversos sucesos. Pasa luego al análisis de la distribución de la primera serie, libros I-XV, y en los prólogos a I y VI halla Wille la señal de este plan.

Para los libros perdidos se basa Wille principalmente en las *Periochae*, con las reservas que puede hacer sobre la atención concedida en tan breves extractos a prólogos y demás explicaciones sobre la distribución del material narrativo. El eco de Livio en historiadores menores como Floro, Orosio, etc., que ya en buena parte lo conocieron a través de resúmenes y extractos, es utilizado para completar su hipótesis de que la distribución, hasta el libro CXX, era no en 12 décadas, como se ha venido suponiendo, sino en ocho períodos de 15 libros.

Así la cuarta pentakaidécada, años 166-123, tendría como centro a Escipión Emiliano; la quinta, 122-89, a Mario; la sexta, 89-78, a Sila; la séptima, 78-55, a Pompeyo, la octava, 54-43, a César, y la última, de 42 a alrededor de 19 a. C., a Octaviano y sus guerras hasta la Pax Augusta. Incompleta quedó la última serie de libros, terminada con las guerras de Tiberio y Druso.

El análisis de la obra, y el esquema que de él traza Wille, confirman la hipótesis presentada con considerables pruebas. El lector siente un poco más de cerca la obra perdida y aprende a buscar en la parte conservada las articulaciones y junturas que permiten corregir la idea divulgada de las décadas, y a apreciar más una obra que si no hubiera sido maltratada por la ruina de la tradición antigua, nos hubiera dado una idea tan distinta de la historia romana.

A. TOVAR

Grammatici latini d'età imperiale. Miscellanea Filologica. Pubblicazioni dell'Istituto di Filologia classica e medievale dell'Università di Genova, núm. 45. Genova, Istituto di Filologia classica e medievale, 1976, 236 pp.

Recoge este volumen los resultados de las jornadas filológicas genovesas que se celebraron en los días 21 y 22 de febrero de 1975 cuya breve crónica ocupa las primeras páginas. Se escalonan en el mismo las aportaciones de algunos de los principales filólogos italianos que tratan una temática que cobra día a día actualidad.

Ocupa el primer lugar G. Monaco con una relación sobre «Quintiliano y los compuestos latinos», donde hace una lectura interpretativa de Quint. I 5, 65-70, consiguiendo un resultado excelente en los puntos controvertidos.

G. Pascucci trata a continuación de la importancia de Valerio Probo respecto a los *ueteres* y concluye, después de precisar el concepto probiano de *adnotare*, su escasa importancia como filólogo fijador de textos, aunque queda immaculada su actividad como gramático e historiador de la lengua.

F. Giancotti se preocupa seguidamente de la expresión *aerea uox*, atribuida por Servio a Lucrecio en un escolio a Verg., *Georg.* II 42-44, aproximando pasajes paralelos de otros poetas contenidos en diversos autores; señala la irrefutabi-

lidad actual de la atribución de Servio a falta de nuevos datos y nos introduce al mismo tiempo en el estudio de la tradición serviana e incluso lucreciana en la edad media.

El proemio del *de metris Horatianis* de Atilio Fortunaciano y un fragmento de Lucilio (1111 Marx = 1122 Keenkel) en él contenido, son objeto de la atención de G. Morelli que avanza aquí unas notas críticas que nos anuncian la importancia de la edición que prepara.

A propósito de Papias, *AE 67, aera*, desarrolla A. Grilli una interesante explicación sobre esta definición geométrica del *Aelementarium* del gramático medieval, llegando a una comprensión satisfactoria del texto por más que las fuentes continúen en la oscuridad.

I. Mariotti nos ofrece unas observaciones críticas sobre los textos de Dositeo, Carisio, Diomedes, Terencio Escuro, Casiodoro y Pompeyo, poniendo de relieve el sistema de trabajo de Keil en el tratamiento de pasajes de discutida lección.

«Gramática antigua y moderna» es el título del tema que expone G. Calboli, dentro de un ámbito para él ya habitual, tratando en esta ocasión de establecer los contactos entre la gramática antigua y la nueva gramática categorial a través de la demostración de la existencia de un análisis de este tipo en la antigüedad.

B. Luiselli se mueve con agilidad en un campo al que su producción nos tiene acostumbrados y estudia en esta ocasión el *de arte metrica* de Beda en su relación con la tradición de los tratadistas de métrica tardolatina, logrando aislar los elementos diferenciadores de Beda respecto a la misma; valora en forma definitiva la sección *de rhytmo* contenida en esta obra que marca un hito en la cristianización de los estudios gramáticos latinos.

G. Ballaira expone una interesante comunicación sobre el tratamiento de la hipérbole en Diomedes (*GLK I*, p. 461, 23-30) y del que hacen otros gramáticos tanto griegos como latinos. Establece las innegables relaciones entre ellos y, mediante un cuadro comparativo de los textos de los gramáticos latinos, indica para el pasaje mencionado que, a pesar de la probada relación entre Diomedes y Carisio, en este caso Diomedes depende de una tradición griega independiente, probablemente a través de una fuente latina intermediaria.

La presencia de Virgilio en el *ars Malsachani* compuesta a finales del siglo VII es el tema de la exposición de G. Barabino que deduce en su análisis el empleo de fuentes indirectas, singularmente gramáticos, y no del propio texto de Virgilio, recurriendo, al parecer, a éste sólo casualmente.

P. Frassinetti, por último, con singular agudeza estudia la presencia de la épica de Eneo en la obra de Macrobio e intenta recoger los datos que pueden conducir a obras, hoy perdidas, de comentario a Virgilio, de las cuales parecen depender las citas de Eneo en Macrobio, con consecuencias muy notables en el orden de los fragmentos del poeta, si se admite la existencia de un orden de estas obras que se mantendría en Macrobio.

Son, pues, en total 11 —ocho ponencias o relaciones y tres comunicaciones— las que se recogen en este libro que por su nivel nos hacen lamentar la ausencia de otras que no han tenido fijación escrita en este volumen que nos permite confirmar el interés que los gramáticos despiertan en los últimos tiempos, paralelo a la también evidente actualidad de los estudios sobre autores fragmentarios latinos, que no faltan tampoco en esta ocasión.

Tan sólo podemos indicar un defecto en la presentación como conjunto de estos trabajos, que no es otro que la falta de un índice, cuando menos de pasajes citados, que les daría una unidad y facilitaría una rápida consulta de este volumen.

Debemos, no obstante, agradecer una vez más la incesante actividad del Instituto de Filología clásica y medieval de la Universidad de Génova que comparece ante los especialistas con una frecuencia, rigor y oportunidad verdaderamente encomiables, así como desear que vean en breve plazo la luz otras misceláneas filológicas, fruto de coloquios de un interés tan acentuado como el que nos ha ocupado y como el que ya representó en su momento el dedicado a la poesía latina en fragmentos, obra que como la presente denota un esfuerzo renovador en el campo de la Filología latina, sin renunciar a la erudición ni a la tradición de nuestros estudios.

M. MAYER

PAPAIOANNOU, VANGOS.—ΛΟΥΚΙΑΝΟΣ Ο ΜΕΓΑΛΟΣ ΣΑΤΙΡΙΚΟΣ ΤΗΣ ΑΡΧΑΙΟΤΗΤΑΣ. Salónica, 1976, 328 pp.

Este libro (que, curiosamente, contiene una errata en el apellido del autor) puede enjuiciarse desde dos perspectivas distintas: visto desde Grecia debe considerarse como un intento de síntesis sobre Luciano, con intenciones de gran divulgación. Escrito en *dimotiki*, bien informado, por lo general, sobre los grandes problemas que plantea el estudio de Luciano, ofrece al eventual lector en lengua griega la posibilidad de enterarse de quién es el autor y la época con la que se enfrenta Papaioannou. Pero si se quiere enjuiciar desde una perspectiva internacional, lo mínimo que habría que decir es que se trata de un libro ocioso. No hay en él ni una idea original, ni una sola aportación que justifique el esfuerzo indudable que su autor ha realizado.

La primera parte («La época y la vida de Luciano») ofrece una visión sinóptica de los puntos capitales del tema en cuestión: una presentación del siglo II en sus aspectos políticos, sociales, económicos, religiosos, literarios, científicos, artísticos y filosóficos. Casi siempre el autor va bien acompañado en el aspecto bibliográfico: los nombres de Caster, Rostovtzeff, Bompaire, Helm, Croiset, Festugière, Bowersock, Schwartz, Schmid, son citados con frecuencia en las notas. Es de lamentar que el autor no conozca el importante libro de Reardon (*Courants littéraires...*), hoy por hoy, la mejor presentación de la época que nos ocupa; en cambio, para la visión literaria, por ejemplo, del siglo II, se apoya casi exclusivamente en la *Historia de la Literatura griega* de Lesky, precisamente la parte más floja de este buen manual. Complementa esta primera parte una Vida de Luciano.

La segunda parte, que se titula pomposamente «El valor literario y la significación social de la obra de Luciano» no es sino una visión resumida de los opúsculos lucianescos —clasificados por la forma en obras dialógicas, opúsculos no dialógicos y poéticos— con una breve alusión a la interpretación marxista de Baldwin, sin tomar la más mínima posición crítica sobre los puntos de vista de este autor.

Complementa esta segunda parte un capítulo consagrado a la lengua y los rasgos literarios específicos del autor. Un último apartado intenta hacer un resumen y sacar unas «conclusiones» de lo expuesto en el trabajo.

JOSÉ ALSINA

SCARPAT, GIUSEPPE.—*Il pensiero religioso di Seneca e l'ambiente ebraico e cristiano*. Brescia, Paideia Editrice, 1977, 150 pp.

La editorial Paideia, de Brescia, nos ofrece este breve volumen de Giuseppe Scarpato, sobre un tema tan apasionante como es el de las ideas religiosas de Séneca, y la posibilidad de confrontarlas con las del hebraísmo y cristianismo. Tema apasionante, insistimos, que el profesor italiano trata como tal: el lector que se acerque a su libro, difícilmente se apartará de él hasta haberlo leído en su totalidad. ¿En qué estriba tal atractivo? ¿Cuál es la causa de que el interés no decaiga en todo su desarrollo?

En primer lugar, su contenido. Scarpato lo articula en tres capítulos dedicados al pensamiento religioso de Séneca (pp. 17-56), a la relación de Séneca con los hebreos (pp. 57-107), y, por último, a la bastante problemática con los cristianos (pp. 109-142). Pese a la brevedad común a todos, cada uno de esos capítulos resulta una buena puesta a punto de la multitud de problemas que encierran, para lo cual el autor ha prescindido muy loablemente de la erudición farragosa, que relega normalmente a las notas. Cierto es que, por ejemplo, se puede tachar de un tanto elemental el capítulo «Il pensiero religioso di Seneca», despachado escuetamente en cuarenta páginas; ahora bien, no lo es menos que está perfectamente calculado, y con magnífico método: Scarpato deja hablar a cada paso al propio Séneca, centrando su labor en organizar y analizar un número crecido de pasajes tomados de los escritos de Séneca en prosa, que ofrece al lector en muy cómoda doble columna, en latín e italiano. Cumple, en suma, su cometido de presentar los puntos esenciales de la religiosidad senecana, con vistas a comprobar sus posibles paralelismos con las creencias hebraicas y cristianas.

Sobre el contenido del capítulo II puede proporcionar una idea aproximada su brevísimo resumen en p. 107: «In conclusione ci sembra di poter affermare che Seneca potesse aver avuto una conoscenza delle concezioni monoteistiche della religione ebraica tale da incutergli quel riserbo e quel rispetto che gli altri scrittori latini mostrano chiaramente di non avere». Hay que subrayar aquí el «ci sembra», la mera posibilidad de acierto en las conclusiones a que una y otra vez nos lleva Scarpato, sin pretender nunca dogmatizar, ni contestar múltiples cuestiones que el tema plantea a cada paso, pero cuya documentación no permite resolver de modo firme.

De este modo, cuando llega al tan debatido tema de la relación del filósofo con los cristianos, es incuestionable la rectitud de su planteamiento: es absurdo tomar como punto de partida «che Seneca dipenda dal cristianesimo o che il cristianesimo dipenda da Seneca». Múltiples son las correspondencias del pensamiento cristiano y senecano, y el filólogo quiere demostrar la posibilidad de una relación *de facto*. Por esta vía, luego de analizar el ambiente cristiano de la Roma

del tiempo de Séneca, Scarpát logra el propósito que se había propuesto en su «Premessa» al libro: «Spero che alla fine il Lettore si convinca non che Seneca ha conosciuto l'ebraismo e il cristianesimo, ma che è difficile asserire il contrario» (p. 8). Creemos que su esperanza no queda defraudada; lo cual no es poco.

Sin duda el mérito más relevante del trabajo de Scarpát es no haberse salido nunca de los límites impuestos por la información clásica, tan penosamente escasa. Sin buscar nunca la polémica por sí mismo, antes bien, con una mesura y educación admirables, he aquí de qué modo critica un muy reciente trabajo español, ejemplo notable de los apriorismos, partidismos, suposiciones y tesis gratuitas de que suelen estar plagados los estudios sobre Séneca y el cristianismo: a propósito del juicio de San Pablo en Roma, en el año 61, Scarpát trata de reconstruir la situación lo mejor que puede; por ello es lógico que le moleste el que, con noticias dadas como seguras, «...L'Elorduy sa che Paolo fu giudicato a Roma da Seneca, che Paolo gli fece trovare, fra gli atti da esaminare, le sue *Lettere*, i *Vangeli*, gli *Atti degli Apostoli* e che quel Teofilo cui sono dedicati gli *Atti* e del quale nessuno sa niente, non è altri che Seneca, il quale avrebbe voluto nascondersi dietro un pseudonimo allusivo» (p. 129).

A quien no gusten fantasías de tamaño calibre, y busque una visión de conjunto sobre la posibilidad que tuvo Séneca de conocer el hebraísmo y el cristianismo, sin duda le resultará de suma utilidad este libro de Scarpát, bien planteado y documentado, de muy bella redacción, y que se lee con enorme interés del principio al final.

ANDRÉS POCIÑA

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

VALLET, G.; VILLARD, F.; AUBERSON, P.—*Mégara Hyblaea. I. Le quartier de l'agora archaïque*. Roma, École Française de Rome, 1976. Primer vol.: texto. 440 pp.; segundo vol.: láminas, tres carpetas; atlas, ilustraciones y planos.

En 1964 se publicó la memoria *Mégara Hyblaea. 2. La céramique archaïque*. Ahora, doce años después, sale a la luz esta nueva obra, que no es sino el estudio de los fragmentos arquitectónicos entre los que aparecieron esparcidas las cerámicas publicadas entonces. Ante lo arbitrario de tal tipo de divisiones por materiales, G. Vallet se siente en la obligación de disculparse, alegando que la división en tomos ha sido ajena a los criterios de los investigadores.

La primera parte del volumen de «texto» consiste en un inventario de las construcciones arcaicas halladas en la zona del ágora de Mégara Hiblea, primera colonia de los megarenses en Sicilia. Este inventario se realiza tomando como base un sistema de cuadrícula cartográfica que, pese a su arbitrariedad (algunos edificios quedan divididos en varias cuadrículas), fue, al decir de los autores, el que mostró menos dificultades para el estudio. De este modo se estudian detalladamente los aparejos constructivos de cada muro, a partir de una denominación numérica previamente establecida, y se intenta fijar, a través de los fragmentos cerámicos hallados en cada lugar, su fecha correspondiente. Esta parte concluye con un estudio particular de los considerados «monumentos», es decir, restos de probables edificios públicos, templos, etc.

La segunda parte del volumen trata de los problemas constructivos en todos sus aspectos, desde el más simple (materiales) hasta el más complejo (las manzanas de casas), pasando por los planos de los edificios, y deteniéndose de modo especial en los ambientes de carácter público, que son en cierto modo la parte esencial de la excavación, y la base de las principales conclusiones.

Estas, en términos generales, son las siguientes: Mégara Hiblea, fundada en la segunda mitad del siglo VIII a. C., constituye la colonia griega más antigua que se haya excavado. Ya en el momento de su fundación, sobre una llanura pétreo, recibió su planificación posterior, a base de grupos de calles rectas y paralelas que se entrecruzan formando, en líneas generales y aparte de irregularidades hasta ahora inexplicables, una rejilla trapezoidal. Tal estructura, en época tan antigua, es una verdadera sorpresa en el campo de la urbanística.

Al principio, parece que las casas eran de una sola habitación, cuadradas, y separadas por amplios espacios no edificados, acaso destinados a menesteres agrícolas. Pero a lo largo del siglo VII a. C., y sobre todo en su segunda mitad, queda establecido el sistema ciudadano de este barrio del ágora, que ya durará hasta la destrucción de la ciudad en el 483 a. C. Las manzanas de casas se dividen casi siempre en sentido longitudinal y, dentro de cada una de las cintas así formadas, las casas se colocan de forma transversal, como los travesaños de una escalera. Pero casi todos los alrededores del ágora están ocupados por edificios públicos que, pese a su desastroso estado, constituyen por su antigüedad hitos fundamentales para el conocimiento del templo, la stoa u otros edificios típicos de la cultura griega. Con el tiempo, durante el siglo VI a. C., será este tipo de edificios el que vaya suplantando a las viviendas en todo el barrio estudiado.

Quedan sin solucionar múltiples problemas, como la advocación de los templos y el uso de ciertos edificios públicos, pero no cabe duda de que los hallazgos de Mégara Hiblea, profusamente estudiados e ilustrados en esta publicación, han de ser ya un punto de partida inexcusable para el estudio de la historia urbanística y arquitectónica del mundo griego.

MIGUEL, ANGEL ELVIRA

Le culte des souverains dans l'Empire romain. Sept exposés suivis de discussions par E. BICKERMANN, CHR. HABICHT, J. BEAUJEU, F. MILLAR, G. W. BOWERSOCK, S. CALDERONE, K. THRAEDE. *Entretiens sur l'Antiquité Classique*, Vandoeuvres-Genève, Fondation Hardt, 1973, VI + 332 pp.

Recoge el volumen que brevemente tratamos las exposiciones y subsiguientes coloquios sobre el tema de la reunión que tuvo lugar en Vandoeuvres entre el 28 de agosto y el 2 de septiembre de 1972. Resulta interesante observar que los siete trabajos que dan cuerpo a la obra van, sin embargo, mucho más allá de lo que su enunciado podría hacer suponer, constituyendo en realidad no sólo un libro sobre el culto de los soberanos, sino también, y nos inclináramos a añadir que muy especialmente, sobre la actitud de los cristianos ante el poder imperial. No queremos afirmar con esto que el coloquio organizado por el prof. Willem den Boer se haya apartado abiertamente de su objetivo, sino que lo ha alcanzado

y profundizado hasta el extremo de que algunos de los aspectos tratados parcialmente en cada trabajo, si atendemos al conjunto, forman de por sí un verdadero estado de la cuestión a un nivel muy superior al que se encontraban con anterioridad ciertos temas.

Abre el trabajo el magnífico análisis de E. Bickermann sobre la *consecratio*, donde plantea el problema de la diversidad del culto imperial a lo ancho del mundo romano y la problemática de la inserción oficial de un *nouum numen*, un *diuus*, mediante la *consecratio*, estableciendo una serie de matizaciones esenciales, tales como la distinción entre *sacra publica* y *sacra priuata*, para la comprensión del fenómeno estudiado y su justificación a los ojos del pueblo romano. La ejemplificación minuciosa del caso de Trajano completa perfectamente su exposición a la que sigue una discusión donde temas como la modernidad, la aparente indiferencia de ciertas clases sociales o el automatismo, por así decirlo de este culto, son de nuevo puestos en tela de juicio.

La segunda de las exposiciones, a cargo de Chr. Habicht, incide en un análisis de las fuentes sobre el culto imperial en la época augustea y el siglo I d. C. Establece para su consecución siete apartados: la esfera individual; el ámbito municipal; la capital, Roma; el ámbito provincial; el oriente; el occidente; el *diuus* como dios estatal; y el concepto del emperador sobre sí mismo. Todo ello viene seguido de una discusión en la que se vuelve sobre algunos de los puntos ya tocados, precisándose aspectos referentes en especial a la «Selbstverständnis» del emperador.

J. Beaujeu analiza en su turno correspondiente la actitud de los apologetas ante el culto del emperador, destacando el poco relieve que le dan al mismo, a excepción de Tertuliano. Ello le lleva a razonar esta aparente paradoja con la explicación de la poca importancia a nivel ideológico de los niveles formales de culto imperial en una literatura que pretende polemizar ante un público intelectual pagano y no ante las masas. El diálogo es especialmente ilustrativo de uno de los aspectos de este coloquio ya que en él precisa la posición del cristiano ante el poder público, aunque no se deba pasar por alto la observación de F. Paschoud confirmando a J. Beaujeu sobre la poca importancia que incluso para los intelectuales paganos del siglo IV parece tener el culto imperial.

Muy importante es la aportación de F. Millar acerca del culto imperial y las persecuciones en la que se enfrenta a muchas opiniones establecidas sobre la importancia del culto al emperador con motivo de persecución y condena. Concluye el autor que este culto juega un papel real pero mínimo, siempre como muestra, y en el marco del tradicional, al cual faltaban, en efecto, los cristianos. En ningún caso puede llegarse a pensar en una cuestión política con un problema de lealtad, como fondo, simbolizado por el culto imperial. En la discusión subsiguiente es de destacar la intervención de J. Beaujeu que se materializa también en un *post-scriptum* a su propia exposición, así como los datos aportados por los demás participantes que demuestran la viabilidad de la tesis de F. Millar.

El quinto estudio es el de G. W. Bowersock que versa sobre un tema tan arduo como la actitud de los intelectuales griegos ante el culto imperial en el siglo II d. C. Pasa revisión a las posiciones de Plutarco, Dión Crisóstomo, Elio Aristides, Luciano y Dión Casio que, sin una abierta oposición, marcan una prudente distancia. La discusión precisa actitudes y abre nuevas posibilidades

de trabajo, atendiendo en especial a las distintas escuelas filosóficas, como no deja de ponerse de relieve.

S. Calderone, en sexto lugar, plantea una serie de cuestiones relacionadas con la teología política, la sucesión dinástica y la *consecratio*. La época constantiniana es el ámbito cronológico de su intervención y fuente principal de datos es el análisis de la obra de Eusebio, como muestra del pensamiento de la intelectualidad cristiana oriental, y el de la *consecratio* de Constantino como imagen de una interpretación nueva de una tradición que continúa. La discusión que sigue a este trabajo se orienta fundamentalmente a medir el alcance del título *pontifex maximus* llevado todavía por Constantino y sus sucesores hasta Graciano.

La séptima y última contribución es la de K. Thraede y trata del reflejo del culto imperial en la poesía. A causa de la amplitud del tema el autor ha recurrido a una división cronológica que cubre en primer lugar la poesía de la época augustea temprana, fundamentalmente Virgilio y Horacio; a continuación el período comprendido entre Ovidio y Estacio para pasar a un examen de la lírica y la poesía bucólica y la presencia en ella de la figura del emperador divinizado. Cierra su trabajo un análisis de la más antigua poesía cristiana, singularmente Prudencio, y los tópicos de tipo imperial presentes en la misma; la discusión posterior resulta especialmente ilustrativa de la importancia que puede tener el estudio de los textos poéticos para la interpretación de una serie de tendencias y al mismo tiempo la seguridad y precaución que requiere su manejo.

Finaliza el libro con tres índices: uno de autores antiguos y al mismo tiempo de pasajes citados, otro de autores modernos y por último uno de nombres con distinción tipográfica de los geográficos.

En conjunto, pues, tenemos una obra que precisamente por rebasar, como hemos indicado al principio, sus propios límites cobra un singular vigor que la convierte en un estado de la cuestión indispensable y a un tiempo en una fuente de ideas, de sugerencias que serán sin duda punto de partida de investigaciones futuras.

M. MAVER

Fritz, J.—*La Pannonie sous Gallien*. Coll. Latomus, vol. 48, Bruxelles, Société d'Études Latines, 1976, 85 pp.

Abre el trabajo una breve introducción en la que J. Fitz presenta con gran claridad la situación de la Panonia después de la ofensiva roxolana de 260, poniendo en valor los datos (por ejemplo, el taller monetario de *Siscia*) que atestiguan la reorganización de la provincia a partir del año 262.

En el primer capítulo recoge y comenta las inscripciones que informan sobre la restauración de la Panonia, ininterrumpida bajo el reinado de Claudio II. En este catálogo se recogen epígrafes de *Poetouio*, *Sirmium*, *Aquincum*, *Brigetio* y dos sobre reparación de carreteras. Entre las inscripciones de *Poetouio* es de destacar el comentario de la núm. 6 (*AE*, 1934, 223) que da pie al autor para perfilar los diversos motivos de la concentración de fuerzas panónicas y después dácicas en esta ciudad, atribuida con anterioridad por R. Saxer a la defensa

contra la insurrección de Regaliano y que en estas páginas se nos presenta como derivada de la posición estratégica de la ciudad en el camino hacia Italia y desde donde se podía atender a los otros núcleos panónicos y proteger asimismo el taller de *Siscia*. El análisis de las inscripciones del *Sirmium* sirve para proponer el estacionamiento aquí en 261 de diferentes tropas con un potencial equivalente a una legión, en las que intervendrían, además de la leg. VIII Augusta, contingentes germánicos y británicos que asegurarían a Galieno una fidelidad y desapasionamiento ante los problemas locales danubianos. La serie epigráfica de *Aquincum* contiene un testimonio precioso (*CIL* III 3525) valorado por el autor como el dato más relevante sobre la restauración de la Panonia, puesto que describe la reconstrucción de las termas legionarias a mediados de 268 que debe situarse en el marco de las obras emprendidas en este campamento entre 265-270; en los mismos años debió ser reparado también el campamento de *Brigetio*, según se desprende de la inscripción *CIL* III 4289. Por lo que respecta a las dos piedras miliare, se interpretan tan sólo como testimonios de reparaciones de urgencia sin que por el momento puedan indicar una restauración completa de la red viaria. Al final del capítulo un breve resumen de las conclusiones incide en la importancia militar de dos centros, *Poetouio* y *Sirmium*, punto de partida para la reorganización posterior de la Panonia y del *limes* danubiano.

El capítulo II está dedicado a la circulación monetaria, testimonio asimismo de la reorganización emprendida por Galieno a pesar de que los hallazgos de esta época correspondan solamente al norte del río Drau y se haga por ello necesario contemplar el panorama general ofrecido por el siglo III. Después de un planteamiento de las reiteradas devaluaciones y consiguientes reformas monetarias, J. Fitz traza unos índices comparativos de los diversos núcleos urbanos (*Savaria*, *Scarbantia*, *Carnuntum*, *Arrabona*, *Aquincum*, *Intercisa*, *Gorsium*, *Sopianae*), ilustrados mediante las correspondientes gráficas que se superponen a la que representa la media de todas ellas. Este análisis permite observar con exactitud los momentos de prosperidad y crisis en los diversos centros y concluir que los efectos de la destrucción roxolana son mucho más palpables en la Panonia Inferior —*Gorsium* fue, por ejemplo, arrasada— que en la Panonia Superior; el autor rodea esta aportación de datos precisos y gráficas superpuestas de los resultados parciales obtenidos del estudio de cada uno de los centros.

No obstante, el núcleo de *Sopianae* destaca sobre los demás a causa de la anómala distribución cronológica de sus monedas que alcanza paradójicamente su apogeo en el período crítico de 260-268; deja entrever con ello su preeminencia a lo largo de la reconstrucción galiénica, que perderá después con la Tetrarquía, momento en cambio en que *Gorsium-Herculia* llegará a su máximo desarrollo con la ostentación de la capitalidad de la provincia, según propone J. Fitz. Debido a estas constataciones el autor dedica el tercer capítulo a *Sopianae*, donde glosa su significación en base a los datos epigráficos y arqueológicos, no extraordinariamente abundantes, que vienen en cambio compensados por la amplitud de las informaciones monetarias que por el momento no permiten hablar de un núcleo urbano de una cierta categoría anterior al 260; para reforzar su hipótesis atribuye en este punto el autor los hallazgos arqueológicos efectuados en las proximidades de *Sopianae* a *villae* circundantes. Una parte importante del capítulo está dedicada al estudio de la onomástica de los habitantes de la ciudad que posibilita observar la presencia continua de nord-italícos antes y después de las guerras marcomanas, cuando ya se hace notoria una infiltración de

elementos panónicos y dálmatas que, junto con la aparición de un *beneficiarius consularis*, dejan atisbar un cierto cambio en la circulación viaria del territorio de *Sopianae*. Este capítulo se cierra con un recuento de los hallazgos monetarios de la época de Valeriano y Galieno que experimentan un acrecentamiento en 262/3 de lo cual deduce J. Fitz que *Sopianae* fue fundada por Galieno simultáneamente al taller de Siscia, en 262.

El último capítulo viene dedicado al gobierno civil y militar. Plantea la problemática de que al limitarse en un primer momento la reorganización a la zona sur, hubo consecuentemente una concentración de los poderes de ambas Panonias en un único *praefectus legionum*, hecho en cambio incierto hasta el presente trabajo para el caso del *praeses*. El grueso del capítulo viene dado por el estudio prosopográfico de los gobernadores panónicos bajo el imperio de Galieno que se inicia con la reseña de la inscripción fragmentaria de Sbeitla donde se mencionan los cargos de un gobernador de rango senatorial que J. Fitz había identificado con anterioridad con *L. Cassius Pius Marcellinus* y que ahora prudentemente reconsidera. La actuación del gobernador citado en la inscripción africana se centraría entre 262 y 267 en la Panonia Superior, precisión que invalida la supuesta unificación del gobierno de los cinco restantes *praesides* conocidos y estudiados aquí; el autor dedica una mayor atención a *L. Ulpius Marcellus* que ejerció sus funciones aproximadamente entre 262 y 264 y cuya identificación con homónimos gobernadores de *Britannia*, rechaza. El último de los gobernadores galiénicos, *M. Aurelius Maximus*, sería ya para el autor de rango ecuestre, orden al que pertenecen en cambio todos los comandantes de legiones ya desde los primeros momentos de la reforma panónica, todos ellos con notable experiencia y dotes de mando, y entre los que sobresalen *P. Aelius Aelianus* y *L. Flavius Aper*.

Se dedican unas páginas a las conclusiones generales de la obra donde se insiste en la importancia del taller de Siscia dentro del marco de la restauración de la Panonia que queda dividida en tres períodos ilustrados por las acuñaciones de dicho taller: el primero entre 262 y 264 supondría el inicio de la reorganización en el sur de la provincia; el segundo entre 264 y 267 vería surgir la reorganización definitiva que llevaría a reconstruir los campamentos militares y a consolidar los reagrupamientos con contingentes no sólo panónicos sino también dálicos; el tercer período, a partir de 267, el más corto y peor conocido, comportaría nuevos cambios administrativos como la sustitución de *praesides* senatoriales por ecuestres y vería continuar la reorganización de la provincia, oscurecida en parte por las nuevas contiendas.

Un útil índice pone fin a este libro, sucinto en páginas pero no en contenido en el que el prof. J. Fitz nos muestra una vez más su autoridad en la materia, de todos reconocida y admirada, y donde con gran poder de síntesis, cuidadosa selección de materiales y admirable despliegue de todo tipo de fuentes históricas, ha querido ofrecernos una visión puntual, precisa, sin envolturas retóricas o innecesarias, del alcance de la reforma galiénica en la Panonia. Constituye, pues, en suma esta obra un modelo de lo que ha de ser el análisis de una provincia romana en un momento determinado que permite al lector moderno valorar lo que supuso la figura de Galieno en los difíciles años de debilitación del Imperio en una de las zonas cruciales para la seguridad del *limes* danubiano.

ISABEL RODÁ

V. RESEÑAS BREVES

MARTINET, ANDRÉ.—*Evolution des langues et Reconstruction*. París, Presses Universitaires de France, 1975, 264 pp.

Se trata de una reunión de trabajos ya conocidos de Martinet, que aparecen agrupados en varios temas: lingüística general, indogermanística, romanística. Con frecuencia aparecen ligeramente retocados respecto a la versión original. Tiene el libro la ventaja de presentar varios trabajos del autor sobre la misma materia (por ejemplo respecto a laringales indoeuropeas), circunstancia que permite una idea de conjunto del pensamiento del autor sobre diferentes temas. Por lo demás, resulta cómodo disponer de estos artículos de Martinet reunidos, algunos de los cuales no eran fáciles de localizar de otra manera.

F. VILLAR

ROMEO PALLÁS, J. M.—*Index verborum et locutionum quae in Sancti Cypriani de Lapsis libro reperiuntur*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1977, 187 pp.

— *Index verborum et locutionum quae in Sancti Cypriani de Catholicae Ecclesiae Vnitate libro reperiuntur*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1977, 154 pp.

En rigor, estos dos *indices verborum* pertenecen a otra categoría de instrumentos lexicográficos, la de las concordancias, por reproducir pasajes ilustrativos ordenados atendiendo a su localización en el texto.

En la casi telegráfica nota antepuesta a cada uno de los trabajos reseñados se expresa ciega confianza en la edición tomada como base: se excluyen de estos llamados *indices verborum* las variantes textuales y también el vocabulario y la fraseología que a juicio del editor son en S. Cipriano cita y reflejo de las Escrituras.

Exclusiones evidentemente contrarias a la asepsia científica y a la exhaustividad que de un instrumento lexicográfico pueden esperarse, y que, por cuanto restan de amplitud y de flexibilidad —es decir, de eficacia— a estos *indices*, difícilmente podrían justificarse.

L. C. PÉREZ CASTRO

SOMMER, FERDINAND.—*Schriften aus dem Nachlass*. Herausgegeben von BERNHARD FORSMAN. München, J. Kitzinger, 1977, 392 pp.

Se trata de una edición de los trabajos manuscritos que dejara inéditos F. Sommer a la hora de su muerte en abril de 1962. La edición está realizada por B. Forsman.

Los temas que abarca este conjunto de trabajos póstumos son muy variados: desde el aoristo griego en *-k* (pp. 242-268) o el nominativo gótico tipo *sunja* (pp. 23-60), hasta otras de menor cuantía como «Καίνας und andere Lapithennamen» (pp. 307-309).

El libro contiene además dos apéndices, el uno con datos relativos a la figura de Sommer, y el otro presenta diversos índices.

F. VILLAR

KOELLER, H.—*Orbis Pictus Latinus. Vocabularius imaginibus illustratus. Lateinisches Bildlexikon. Dictionnaire latin illustré. Dizionario latino illustrato. Illustrated Latin Dictionary. Dictionario latino ilustrado.* Zürich, Artemis, 1976, 431 columnas.

La intención declarada de este que se pretende diccionario es instruir deleitando. La necesidad de una tal obra se justifica diciendo «nimum saepe notiones sermone Latino expressae non re uera perspicuntur quia desunt cogitationes repraesentationesque rerum in animis lectorum saepiusque earum in loco auditur merus strepitus uocum nihil significantium». Lo que, a todas luces, es bienintencionada exageración.

Ciertamente, este librito puede ser manejado con no poca utilidad y no menos agrado como auxiliar y complemento de los textos al uso en la iniciación al estudio de la latinidad. Pero no como diccionario, ya que la sujeción del inventario de lemas al de la iconografía —que se amplía con el diseño de esquemas ilustrativos de algunos conceptos, tales *affinitas, cognatio, epipodium electricum, pila electrica...*— excluye de este diccionario términos no susceptibles de ilustración.

A mi juicio, la forma de este libro se adecuaría mejor a su expresa finalidad si en ulteriores ediciones se prescindiera de algunos toques eruditos que en ésta parecen un tanto superfluos, e. g. la aducción de autoridades para definir *commutatio* o la referencia al griego para explicar el nombre de las Parcas.

L. C. PÉREZ CASTRO